

66

DAD AUT

CIÓN GEN



SANCHEZ

SERMONES
VARIOS



BX175

S2

V. 18

C. 1

RAL I

135796

252

1857

José Angel Benavides.



1080046327

VTOL

AR

DE NUEVO LEÓN

CCION CEN... BIBLIOTECA

C#2-6#43

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SERMONES



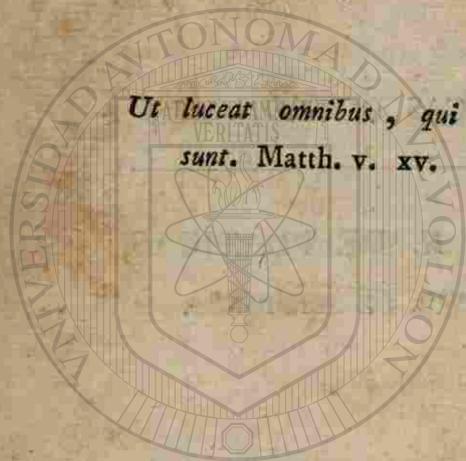
PLÁTICAS DOCTRINALES.

TOMO II. DE PLÁTICAS,
y XVIII. DE SERMONES.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



*Ut luceat omnibus, qui in domo
sunt. Matth. v. xv.*

PLATICAS

DE DOCTRINA CRISTIANA.

COMPUESTAS PARA ALIVIO DE LOS
SEÑORES CURAS Y MINISTROS DE
LA DIVINA PALABRA

*Por el P. Fr. Sebastian Sanchez So-
brino, religioso de la tercera orden
de penitencia de N. P. S. Francisco,
morador en el convento de S. Antonio
Abad de Granada &c.*

TOMO II. DE PLÁTICAS,
y XVIII. DE SERMONES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con las licencias necesarias.
Madrid: Por la Viuda de Barco Lopez.

Año de 1819.

38114

DX17567

82

v. 18



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135796

Á LOS SEÑORES SACERDOTES
 Y MINISTROS DE LA PALABRA,
 FR. SEBASTIAN SANCHEZ SOBRINO,
 SALUD Y FELICIDAD EN JESU-
 CRISTO.

SEÑORES:

Las pláticas de este segundo tomo contienen los principales misterios de la religion; y nuestro primer ministerio es instruir á los pueblos en la doctrina de Jesu-
 cristo, y administrarles sus sacramentos, para remision de los pecados. A esto somos obligados respectivamente; y del cumpli-

miento de este deber depende nuestra suerte el dia de la cuenta. La ignorancia de las verdades católicas es de ordinario el origen fatal de los pecados del pueblo. Ella, como dicen los padres del concilio iv de Toledo, es la madre de todos los errores: y lo mas sensible seria, añaden, si no la evitasen principalmente los eclesiásticos, que tienen á su cargo la instruccion del pueblo. Vosotros sois la luz del mundo y la sal de la tierra, nos dice Jesucristo en persona de los apóstoles. Si esta luz se extingue, si esta sal se envanece ó infatúa,

¿quién iluminará, quién salará? Si los doctores yerran, ¿quién instruirá, quién los corregirá?

Yo bien sé que muchos de los ministros de la palabra no yerran por ignorancia. Pero yerran, y gravísimamente, ya sea por indolencia, no queriendo trabajar en cumplimiento de su deber esencial; ya en la execucion de su ministerio; porque en lugar de predicar la doctrina y sana moral de Jesucristo, se predicán á sí mismos, dexando ayunos á los fieles de las verdades católicas. De ordinario se proponen lucir sus talentos con pensamien-

tos elevados, con frases y estilo hinchado y pomposo, para captar el aura popular, y ser tenidos por sabios y elocuentes; como si la verdadera elocuencia consistiera en palabras altisonantes, y ajenas de nuestra enérgica y magestuosa lengua.

Todo esto, señores, no es mas que sembrar viento, como dice un profeta, para recoger torbellinos. Sirva de desengaño á estos corruptores de la elocuencia del púlpito el modo con que los profetas anunciaron la palabra de Dios á los pueblos, y la sublime sencillez del sermón de Jesucristo

sobre el monte, anunciando á las turbas las bienaventuranzas; y sírvalas de modelo.

No son, señores sacerdotes, no son oraciones académicas las que necesita el pueblo para ser instruido en las verdades de la religión; sino discursos sencillos, sólidos, llenos de instrucción sagrada, fundados en la escritura, en la tradición, en las decisiones de la Iglesia, cánones de los concilios &c., con método, claridad y sencillez, para acomodarse á la capacidad del auditorio, cuyo mayor número son gentes rudas. Por este medio daréis leche á los

párvulos y alimento mas sólido á los aprovechados; y oxalá que todos vuestros discursos al pueblo fuesen de doctrina y de moral cristiana, que es de lo que mas necesita, principalmente en estos dias difíciles y lúgubres, en que los enemigos de la religion, como otras tantas furias, salidas del abismo, combaten la Iglesia con furor, negando sus sacramentos, su gerarquía, sus misterios, y hasta la existencia de un Dios, Criador y Provisor del universo, contra lo que la misma razon natural, el cielo y la tierra manifiestan. Hagamos pues frente á este tor-

rente de iniquidad, hasta agonizar por la justicia y zelo de la religion, instruyendo á los pueblos en las verdades del cristianismo, para ponerlos á cubierto de los sofismas de la vana filosofia de los francmasones é iluminados de nuestros dias. Así cumpliremos con nuestra obligacion, desterrando la ignorancia del pueblo con la luz de la fe de nuestros padres, y librarémos á nuestros hermanos de los capciosos lazos que esta gavilla de deistas y ateistas no cesan de tenderles para su perdicion. Grabad, ó mi Dios, esta amonestacion en el co-

razon de todos vuestros sacerdo-
tes, para que de comun acuerdo
trabajen en el cultivo de la viña
de la Iglesia, que plantasteis y
regasteis con la preciosa sangre
de vuestro Unigénito, para que
todo el mundo os conozca, y con-
fiese que la fe de la Iglesia ca-
tólica es la única en que pueden
ser salvos, y que solo á vos se
debe el honor, la gloria, la ala-
banza y la accion de gracias por
los siglos de los siglos. Amen.



PLÁTICA I.

SOBRE EL CREDO Ó SÍMBOLO DE LA FE.

Creo en Dios Padre.....

SEÑORES:

“Sin la fe, dice S. Pablo, es im-
posible agradar á Dios. Es neces-
ario pues, que el que accede al Se-
ñor crea que existe, y que es re-
munerador.” De aqui dimana la es-
trecha obligacion de todo fiel cris-
tiano de ser instruido en el símbolo,
regla ó compendio de la fe. La pa-
labra *símbolo*, considerada en gen-
eral, no es otra cosa que la señal
ó emblema que figura los caracté-
res particulares de un estado. Como
ciertas marcas entre los romanos,

razon de todos vuestros sacerdo-
tes, para que de comun acuerdo
trabajen en el cultivo de la viña
de la Iglesia, que plantasteis y
regasteis con la preciosa sangre
de vuestro Unigénito, para que
todo el mundo os conozca, y con-
fiese que la fe de la Iglesia ca-
tólica es la única en que pueden
ser salvos, y que solo á vos se
debe el honor, la gloria, la ala-
banza y la accion de gracias por
los siglos de los siglos. Amen.



PLÁTICA I.

SOBRE EL CREDO Ó SÍMBOLO DE LA FE.

Creo en Dios Padre.....

SEÑORES:

“Sin la fe, dice S. Pablo, es im-
posible agradar á Dios. Es neces-
ario pues, que el que accede al Se-
ñor crea que existe, y que es re-
munerador.” De aqui dimana la es-
trecha obligacion de todo fiel cris-
tiano de ser instruido en el símbolo,
regla ó compendio de la fe. La pa-
labra *símbolo*, considerada en gen-
eral, no es otra cosa que la señal
ó emblema que figura los caracté-
res particulares de un estado. Como
ciertas marcas entre los romanos,

ya sobre la frente ó ya sobre los vestidos , significaban ó la esclavitud , ó la profesion militar, el grado de senador &c. ; igualmente entre los cristianos el Credo ó confesion de la fe se ha mirado siempre como emblema ó marca de la religion que profesan.

Hasta aquí estamos todos de acuerdo. Yo bien sé que generalmente rezan todos los cristianos el símbolo, y que se glorían de discípulos de Jesucristo. ¿Pero dónde estan los que reflexionan sobre lo que contiene el Credo? ¡Ah! ¡Con cuánta justicia puede el Señor decir de la mayor parte de los fieles de nuestros dias lo que afirmaba de los judíos por boca de un profeta! Este pueblo me honra con sus labios, mas su corazon está lejos de mí. Deseando pues excitar vuestra fe para ponerlos á cubierto de tan terrible acusacion , que debe atraeros una eterna infelicidad , he creído á

propósito hablaros en esta primera plática en general de los articulos esenciales que contiene el Credo, sacados de la escritura y de la tradicion.

El símbolo nos instruye en la unidad de Dios , ignorada por tantos siglos de la mayor parte de las naciones que cubrian la superficie de la tierra : nos enseña asimismo su inefable naturaleza , su augusto título de Criador del universo , su omnipotencia , su infinita sabiduria, su adorable providencia, con que dirige á sus eternos designios todas las cosas visibles é invisibles ; su incomprehensible bondad y su gran misericordia. El Credo nos enseña que Dios sacó de la nada este mundo visible , estos hermosos luminares , presidentes del dia y de la noche , que giran perpetuamente por el fluido mas perfecto , sin dexar jamas su carrera ; estos astrós , cuya inmensa extension , por la rapidez y

la regularidad de su movimiento, nos es incomprehensible; como tambien lo es esta infinita multitud de animales, de aves, de plantas, de flores, de frutos de toda especie, destinado todo á nuestra utilidad, cuya naturaleza nos es tan desconocida como la de los astros colocados en el cielo.

El Credo nos enseña que este Dios Criador, sin embargo de ser Espíritu purísimo, es Padre, no solo de los hombres, á quienes se dignó adoptar por hijos, sino del Verbo eterno su Hijo unigénito y propio, á quien engendra por toda la eternidad, conociéndose á sí mismo. Nos enseña que del amor eterno y substancial de este Padre y de este Hijo procede la tercera Persona de la Trinidad beatísima; es decir, el Espíritu Santo, en todo igual y consubstancial al Padre y al Hijo, y único Dios con el Padre y con el Hijo.

El símbolo nos instruye que el Padre Eterno envió á su Hijo unigénito y consubstancial al mundo á que tomase carne de una Virgen, concibiéndose en su seno por obra del Espíritu Santo, para que padeciese y muriese afrentosamente en una cruz por el hombre. Esto nos da á conocer que en su divina presencia eramos reos de algun gravísimo delito, que solo podia ser expiado por la sangre de un Hombre Dios, víctima de infinito valor, enviada del cielo. Tambien nos presenta una prueba irrefragable de la divinidad de nuestro Redentor en la resurreccion por su propia virtud y en su admirable ascension á la diestra del Padre, de donde nos enseña descenderá al fin de los siglos para juzgar al mundo, y dar á cada uno el premio eterno ó castigo de sus obras.

Por lo que hace al Espíritu Santo el símbolo nos anuncia su divini-

dad diciéndonos que ha hablado por los profetas, que es lo mismo que certificarnos la divina inspiracion de las escrituras. Asimismo nos anuncia á la Iglesia baxo unos caractéres propios de su santidad, y la infalible autoridad de su tribunal. Aquí mismo, dice un célebre controversista, hacemos profesion de creer la santidad y eficacia del sacro bautismo, que nos reconcilia con el cielo, borrando los pecados que de él nos habian excluido. Igualmente nos enseña que el justo que ha gemido en este valle de lágrimas será consolado por su gloriosa resurreccion, que lo hará pasar á las delicias eternas. Testimonio ilustre y auténtico de la inmortalidad del alma, que jamas deben perder de vista el justo ni el pecador.

¡Qué magnífico, qué liberal es Dios en sus dones, qué adorable en sus misericordias! Vos, Señor, nos enseñais misterios incomprehen-

bles é inefables, verdades que los mas célebres filósofos ignoraron, y que os dignásteis revelarlas á los párvulos y sencillos por la luz de la fe, para confusion de los sabios y prudentes segun la carne. Y á fin que nadie pudiera alegar excusa de ignorar unos misterios, necesarios absolutamente para salvarse, ordenásteis con adorable providencia que estas verdades esenciales, contenidas en el símbolo, se predicasen en todas partes, y en tan pocas palabras, que fuese á todos facil aprenderlas.

Formad pues, os ruego, de ellas la justa idea que S. Agustin nos propone instruyendo á los catecúmenos. "Recibid, hijos míos, dice, la regla de fe, que llamamos símbolo. No os contenteis tenerla por escrito, grabadla en vuestra memoria, hacéosla familiar, para poderla rezar al levantaros y acostaros, al empezar vuestras obras, y todas las

veces que sea necesario....” Todos los dogmas ó misterios que el símbolo contiene estan esparcidos en diferentes lugares de las escrituras, y se han reducido á tan breve sumario para alivio de la memoria, á fin que en pocas palabras podais dar razon de lo que creeis.

Al Credo que hoy rezan comunmente los fieles, tuvo á bien la Iglesia, presidida por el Espíritu Santo en el concilio general de Nicea, añadir algunas palabras para mayor explicacion de la fe, y ponerla á cubierto de las blasfemias de los hereges, ordenando el símbolo que se canta en la misa, el cual sirve de fórmula de fe para los que se juzgan sospechosos en ella. Y habiendo sobrenvenido á poco tiempo la heregia de Macedonio, que osó negar la divinidad del Espíritu Santo, de lo cual hasta allí nadie habia dudado, el concilio universal de Constantinopla creyó necesario añadir al Ni-

ceno, que el Espíritu Santo, tercera Persona de la Trinidad beatísima, procedia del Padre y del Hijo. Esto mismo declararon en el año 380 en el concilio de Zaragoza los obispos de España y los de Aquitania contra los priscilianistas que negaban este artículo. Los griegos que se habian agregado á este error, no queriendo creer que el Espíritu Santo procediese del Hijo como del Padre en unidad de principio, confesaron al fin esta verdad fundamental contra Focio en los concilios generales de Leon y de Florencia.

Ademas tiene el honor nuestra Iglesia de España de haber ordenado en el concilio III de Toledo, celebrado en el año de 889, que se cantase en la misa el símbolo constantinopolitano, que aun en tiempo de S. Gregorio el Magno, como reflexiona el abad Fleuri, no se cantaba en Roma, ni se cantó hasta el año 1014, en que mandó Benedic-

to VIII que en lo sucesivo se dixese despues del evangelio el símbolo de Constantinopla, con la expresion: *qui à Patre, Filioque procedit*, para confesar la divinidad del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo como de único principio. Hé aquí un breve sumario del Credo en general. Resta la explicacion particular de todos y cada uno de los artículos que contiene: instruccion necesaria para todo fiel cristiano. Pero de esto, dándome Dios salud y oportunidad, os instruiré en las siguientes pláticas. Entre tanto adoremos al Señor, y cautivemos nuestro entendimiento y nuestro corazon en obsequio de su fe. Amen.



PLÁTICA II.

EXPLICACION DE LA PALABRA CREO.

“¿En qué consiste, dice S. Agustín, que las gentes díscolas é injustas no quieran someterse á creer los misterios de nuestra religion por no haberlos visto, cuando no dudan dar fe á mil otras cosas humanas que no han visto? ¿Quién duda de lo que todos refieren del pueblo de los hebreos; de las famosas monarquías que han agitado al universo; de los héroes de la antigüedad, cuyas hazañas refieren contestes todas las historias? ¿Quién osará negar sus hechos porque no existe ya en el mundo quien haya sido testigo de ellos? Un scéptico de esta clase negaría la existencia de sus ascendien-

to VIII que en lo sucesivo se dixese despues del evangelio el símbolo de Constantinopla, con la expresion: *qui à Patre, Filioque procedit*, para confesar la divinidad del Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo como de único principio. Hé aquí un breve sumario del Credo en general. Resta la explicacion particular de todos y cada uno de los artículos que contiene: instruccion necesaria para todo fiel cristiano. Pero de esto, dándome Dios salud y oportunidad, os instruiré en las siguientes pláticas. Entre tanto adoremos al Señor, y cautivemos nuestro entendimiento y nuestro corazon en obsequio de su fe. Amen.



PLÁTICA II.

EXPLICACION DE LA PALABRA CREO.

“¿En qué consiste, dice S. Agustín, que las gentes díscolas é injustas no quieran someterse á creer los misterios de nuestra religion por no haberlos visto, cuando no dudan dar fe á mil otras cosas humanas que no han visto? ¿Quién duda de lo que todos refieren del pueblo de los hebreos; de las famosas monarquías que han agitado al universo; de los héroes de la antigüedad, cuyas hazañas refieren contestes todas las historias? ¿Quién osará negar sus hechos porque no existe ya en el mundo quien haya sido testigo de ellos? Un scéptico de esta clase negaría la existencia de sus ascendien-

tes que no hubiese conocido ; negaría asimismo la sinceridad del afecto de sus parientes y amigos , porque no penetra su interior."

Hé aquí el escollo de la incredulidad. Sin embargo que ignoran en qué consiste el flujo y refluxo del mar , la virtud atractiva de la piedra imán , y muchas otras cosas que caen baxo los sentidos , y que no pueden desmentir , osan negar los misterios porque no los comprehenden. Pero en vano pretenderían los incrédulos , dice S. Agustin , comprehender las verdades que la fe enseña , por ser superiores á la razon , ni jamas las entenderán en el modo posible antes de creerlas : *ergo noli querere intelligere , ut credas , sed crede , ut intelligas , quoniam , nisi credideritis , non intelligetis.*

Animados los verdaderos fieles del espíritu de la fe que la infalibilidad de la Iglesia nos propone , decimos CREO para confesar sus misterios , altamente persuadidos á que ni la razon humana , ni los talentos mas sublimes son capaces de comprehender una idea justa y completa de lo que es Dios , su espiritualidad , su omnipotencia , su eternidad , su providencia , su inmensidad , su justicia , su misericordia , ni la infinita sabiduria con que desde la creacion del mundo gobierna todas las cosas , ordenándolas con suavidad y fortaleza á sus eternos designios. ¿ Y qué diré del augusto misterio de la Trinidad beatísima , de la encarnacion del Verbo , de su resurreccion &c. , misterios inefables , sin cuya instruccion é inteligencia nadie puede ser salvo ? Tú sola , ¡ ó fe divina ! eres capaz de instruirnos , y fixar nuestro entendimiento sobre puntos tan incomprehensibles y tan superiores á nuestra razon. Tú sola puedes darnos la inteligencia de este enigma , que jamas comprehenderá la razon humana ; á saber : ¿ porqué los

rios , altamente persuadidos á que ni la razon humana , ni los talentos mas sublimes son capaces de comprehender una idea justa y completa de lo que es Dios , su espiritualidad , su omnipotencia , su eternidad , su providencia , su inmensidad , su justicia , su misericordia , ni la infinita sabiduria con que desde la creacion del mundo gobierna todas las cosas , ordenándolas con suavidad y fortaleza á sus eternos designios. ¿ Y qué diré del augusto misterio de la Trinidad beatísima , de la encarnacion del Verbo , de su resurreccion &c. , misterios inefables , sin cuya instruccion é inteligencia nadie puede ser salvo ? Tú sola , ¡ ó fe divina ! eres capaz de instruirnos , y fixar nuestro entendimiento sobre puntos tan incomprehensibles y tan superiores á nuestra razon. Tú sola puedes darnos la inteligencia de este enigma , que jamas comprehenderá la razon humana ; á saber : ¿ porqué los

malos gozan de ordinario sobre la tierra una brillante prosperidad, al paso que los justos pasan sus dias en miseria, oprobrio y opresion? Tú sola nos haces ver á un Dios justo, que vendrá al fin de los siglos á juzgar vivos y muertos, para dar á cada uno lo que corresponda á sus obras. Tú sola sostienes al creyente cuando dice CREO, para que no titubee sobre las verdades que se le anuncian, y ponerlo á cubierto de las tentaciones de murmuracion é incertidumbre, haciéndole creer con mas firmeza los misterios que la Iglesia le propone, que todos los objetos que caen baxo sus sentidos. Tú sola en fin nos manifiestas el desenlace de todas las dudas que puedan sobrevenir á la mente en la inmortalidad del alma, de la sabiduria y justicia de Dios, en quien creemos y á quien adoramos.

Hé aqui por lo que dice S. Pablo, que sin la fe es imposible agradar

á Dios, y que el que se proponga adherirse al Señor, debe ante todas cosas creer que existe, y que es remunerador. Por esta fe, añade el Apóstol, ofreció Abél á Dios en la ley natural una hostia mas agradable que la de Caín; por la fe fue trasladado Henoc y libertado de la muerte (hasta el fin de los siglos); por ella fue prevenido Noé del diluvio, que debia sufocar á todos los vivientes, salvándose con su familia y cierto número de vivientes irracionales, en el arca que tuvo orden de construir; por ella recibió Abraham las bendiciones que debian recaer sobre su posteridad, y el glorioso título de padre de los creyentes; por la fe renunció Moisés las ventajas que hubiera podido gozar en la corte de Faraon, y prefirió unirse á su pueblo afligido, creyendo que sufrir oprobrios por Jesucristo era mayor tesoro que todos los bienes de los reyes de la tierra,

y aspirando únicamente á las recompensas del cielo. Por la fe se establecieron sus sucesores en la tierra de promision, triunfando del cananeo, del jebuseo, del geteo y demas enemigos de Dios.

¿Qué mas? En premio de su fe concedió el Señor á sus profetas la revelacion de los misterios que obraria el futuro Mesías. Por ella resucitaron los muertos, y obraron admirables prodigios. Por ella sufrieron los mayores tormentos. Por ella Daniél fue libre de la furia de los leones. ¿Qué no podria decir de lo que la fe ha producido en los mártires y anacoretas, víctimas preciosas de la religion y de la penitencia, ofrecidas al Todopoderoso en obsequio de su fe? Para excitar en nuestro espíritu estas verdades empezamos la profesion de nuestra fe por esta palabra CREO: expresion augusta, sagrada, sublime, que encierra ó se extiende á todo lo que

el Señor ha revelado por su Espíritu Santo. ¿Qué consuelo para el alma cristiana la inteligencia de la indispensable necesidad de la fe para salvarse, sus admirables efectos y su eterna recompensa!

Mas para entender bien cuál deba ser la fe que agrada al Señor, dice un célebre controversista, es necesario considerarla en sus diferentes estados, de simple fe de *creencia*, de fe *moral* y *operante*. Para formar justa idea de materia tan importante reflexemos sobre los caracteres de la fe que Jesucristo vino á enseñarnos é infundir en nuestros corazones. San Juan dice, que Dios nos dió á su único Hijo, para que cualquiera que en él creyere no perezca, sino que alcance la vida eterna. ¿Y cuál, os ruego, era esta fe saludable que exigía de nosotros, á la cual nos exhortaba, acreditándola con milagros? Creer en él, confesar su divinidad, su mision celestial, su omni-

potencia, la certeza inmutable de sus dogmas y demas verdades que enseñó. ¿Creeis, decia á los ciegos que le pedian vista, creeis que puedo hacer lo que pedis? Sí, Señor, responden, nosotros lo creemos. Pues hágase, dice, segun vuestra fe. Lo mismo había respondido al Centurion que le pedia la salud de su hijo, añadiendo en la ocasion, que en todo Israel no había encontrado una fe tan grande. Cuando quiso excitar la fe de sus apóstoles les dice: ¿no creeis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Lo que yo os digo, no lo digo de mí mismo; mas el Padre, que está en mí, hace las obras. Si no lo creeis sobre mi palabra, creedlo por las mismas obras. Hasta aqui la simple fe de *creencia*.

¿Y creerémos por ventura que basta para salvarse confesar simplemente la divinidad de Jesucristo, su omnipotencia, los misterios de su vida mortal, y asentir únicamente á sus

palabras? Si esto fuera así, sería innumerable el número de los santos; es decir, que lo serian todos los que creen en Jesucristo: su salvacion sería tan cierta como facil: el reino de los cielos no exigiría violencia: su puerta no sería estrecha, y su senda sería espaciosa, cómoda y deliciosa, contra lo que dice el evangelio. Bastaría creer; pues tocamos por experiencia que la mayor parte de los cristianos lo hacen sin violencia, pero sin reforma asimismo de corazon ni de costumbres.

Disipemos pues este error, y separemos la luz de las tinieblas. Es verdad que sin la fe de los misterios nadie se salva. Es verdad que la fe es la raíz y fundamento de nuestra salud eterna. Pero creer los dogmas no es mas que la vocacion al estado. Son muchos los llamados, dice Jesucristo, y pocos los escogidos. No todos los que clamaren Señor, Señor, en aquella hora, entra-

rán en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre... Vosotros, añade, sereis mis amigos si hiciereis lo que os mando. Hé aqui el carácter de la fe, que hace al cristiano agradable á Dios. Por lo demas, la fe sin obras es muerta, dice el Espíritu Santo.

La fe pues que hace justos á los ojos de Dios, no es únicamente la creencia de los misterios de la religion, sino regla tambien de las costumbres; y esto es lo que se llama *fe moral*. ¿Quién duda, por exemplo, que es de fe necesaria para salvarse amar á Dios sobre todas las cosas y al próximo como á nosotros mismos? ¿Quién ignora ser de fe, que para ser dignos discípulos de Jesucristo debemos acompañarle, sufriendo con paciencia y conformidad la cruz de nuestros trabajos? ¿Quién duda ser de fe que el que abriga en su corazon malos deseos, ha cometido ya el pecado? ¿Quién ignora

ser de fe, que tener ódio ó tomar venganza (por mas que crea), es ser abominable á los ojos de Dios? ¿Quién duda ser de fe, que el que muere sin caridad, ni haberla tenido de sus próximos, será precipitado al fuego eterno con los que (por mas que hayan creído) han pasado toda su vida en delicias &c.?

Esta *fe moral* debe ser tambien *práctica*. Es decir, que el cristiano no debe contentarse con creer estas verdades, sino que para salvarse debe cumplir la ley de Jesucristo, en lo cual esencialmente consiste la vida de la fe. Verdad irrefragable que nos intima el Señor por S. Mateo. El que oye mis palabras, dice, y se conforma con ellas, es semejante á un hombre sabio, que ha edificado su casa sobre una piedra firme. Pero el que las ha oido y no las ha cumplido, es semejante al insensato que ha edificado sobre arena. ¡Oráculo inefable! dirigido, como casi todas

sus parábolas, á enseñarnos por ejemplos la inutilidad de la fe sin obras.

Oigamos á S. Pablo sobre la materia. Aunque tuviera, dice, la fe mas ardiente y capaz de trasladar los montes, si me falta la caridad, nada me aprovecha. Por caridad entiende en esta parte la que cumple la ley y obra por la fe: *plenitudo legis est dilectio...charitas que per fidem operatur*: para darnos á entender, que las obras son los signos que nos muestran la fe del corazón.

No es menos ilustre el testimonio del apóstol Santiago. "¿De qué servirá, dice, á cualquiera afirmar que tiene fe, si no tiene obras? ¿Su fe podrá salvarlo? ¿Cómo le será meritoria, si no quiere socorrer á su hermano que está en necesidad. Luego la fe sin obras es una cosa muerta. Así como el cuerpo sin alma está muerto, igualmente es muerta la fe que no está acompañada de obras."

No os contenteis pues con decir, nosotros creemos en Dios. ¡Ah! los demonios tambien creen y se estremecen. Creer en Dios, segun el primer artículo del símbolo, es amarlo creyendo, es invocarlo y buscarlo con fervor; es adherirse al Señor por la observancia de sus preceptos, para ser miembros de Jesucristo, dice S. Agustin. Creer pues con fe *moral* y *práctica* es vivir persuadidos á que para salvarse es indispensable el cumplimiento de los preceptos; que no podemos contravenir á ellos sin ser reos de lesa Magestad divina; que los delitos que no se hubieren expiado en vida, serán juzgados á presencia de todo el mundo en el dia terrible del juicio universal. Para decirlo de una vez, creer en Dios con fe *práctica* y *operativa* es detestar el pecado, dolerse sinceramente de haberlo cometido, llenar los deberes del respectivo estado, y avanzar en el camino

de la piedad cristiana. Este es el verdadero signo del grado de nuestra fe en el corazón. Esta fe *práctica* es la que enriquece el alma del justo; la que le hace lanzarse á su Dios; la que le hace exclamar con el real Profeta: "como el ciervo ¡ó mi Dios! desea las fuentes del agua viva, así mi alma suspira por vos. Mi alma se abrasa de una sed ardiente por el Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo llegaré á su presencia? ¿Cuándo veré su rostro? ¿Porqué se ha prolongado tanto mi destierro? Oid, Señor, mis votos; sacadme del lago de la miseria y de este abismo de lodo. Haced salir de prisiones á mi alma, para que vaya á reunirse con los justos que os bendicen en el cielo."

La vivacidad ó debilidad de estos sentimientos manifiestan el estado de la fe, si es viva ó muerta á los ojos de Dios. Preparados vuestros ánimos con estas justas ideas de la

palabra **CREO**, paso á manifestaros la inteligencia de la expresión del símbolo **creo** en Dios. Mas esto corresponde á la

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



PLÁTICA III.

EXPLICACION DE ESTAS PALABRAS DEL
SÍMBOLO NICENO: CREO EN DIOS.

SEÑORES:

Como todas las cosas de este mundo, que perciben nuestros sentidos, nos anuncian un Dios criador y provisor del universo, y hasta los mismos cielos publican su gloria, los pretendidos espíritus fuertes de nuestros días no se atreven á declararse abiertamente por ateistas. Pero disfrazan esta impiedad baxo el capcioso nombre de deísmo. Mas el modo con que lo explican reúne los dos términos en un mismo sentido. Ellos en efecto confiesan en apariencia la existencia de Dios; pero en

sus escritos y en sus hechos la niegan, como dice S. Pablo: siendo, añade, abominables é incrédulos, y réprobos para toda obra buena.

¿Qué otro nombre pues que el de ateistas, como se explica un sabio controversista, puede aplicarse á unos temerarios é insensatos, que en sus discursos y escritos, que han multiplicado hasta lo infinito, han procurado renovar en estos últimos tiempos los delirios de Cricias, de Diágoras, de Proclo, de Juliano apóstata, de Hobbes, de Espinosa, y el extravagante sistema de Epicúro y de Lucrecio sobre la eternidad, de los átomos ó de la materia que pretenden haber formado, aunque por casualidad, y sustentado, tal como es, al universo?

“¿Qué dista semejante locura de la de sostener que la materia, aunque verdaderamente no piensa, puede no obstante pensar? ¿Quién no ve en este pirronismo una máscara

transparente del puro materialismo que abrigan en su corazón, y que pretenden disfrazar? Pues si la materia, como dicen, es capaz de pensar, y es eterna, el Sér supremo que ellos confiesan, ¿qué otra cosa será que la materia? *Confitentur se nosse Deum, factis autem negant.*"

Además, ellos protestan creer sinceramente que el Sér supremo es una pura inteligencia. Pero le niegan los atributos esenciales á su naturaleza divina. Esto en realidad es no creer en un Dios verdadero; como no sería reconocer á FERNANDO VII por Rey de las Españas, si se le contestase el soberano dominio, la legislación y el derecho gubernativo sobre sus provincias. ¿Y no es esta la idea que forman y proclaman del Sér supremo los deistas? ¡Ah! Oídos discurrir, dice un sabio. Bien presto los oíreis dudar, y en seguida negar abiertamente que se mezcle Dios en las cosas de este mundo

sublunar; que se digne cuidar de las acciones de los hombres, ni atender á sus pecados, que no son otra cosa que puras fragilidades, ni pedir cuenta de ellas, y mucho menos castigarlos por una eternidad. El mismo idioma usan acerca de las virtudes y recompensa de ellas; del mecanismo de los sentidos y de todo nuestro cuerpo, sobre lo cual no le conceden á Dios influxo alguno; como ni tampoco sobre las producciones de la naturaleza, que atribuyen á ella misma; ni finalmente sobre la administración del universo, que reservan al arbitrio de las causas segundas.

¿No es esto negar abiertamente la Providencia divina, el ejercicio del soberano dominio, el poder, la sabiduría, la justicia, la acción universal, caracteres esenciales y atributos irrefragables del Sér supremo? Combate pues el deista la divinidad por la idea misma que de ella for-

ma; la aniquila y la niega cuanto puede. Solamente le aplica el nombre vago de *Autor de la naturaleza*, y jamas el de *Dios*, tan augusto, tan venerable entre todas las naciones. Por manera, que sin osar explicarse claramente, se descubre á sí mismo, adoptando un sistema que conduce directamente al ateismo: *constitentur se nosse Deum, factis autem negant.*

Lo peor es que el veneno mortífero que estos apóstoles de la impiedad y de la irreligion abrigan en su corazón, lo derraman sin cesar con sus discursos y escritos, con imponderable daño de la sociedad cristiana. La ignorancia y la corrupción de las costumbres ofrece la mas favorable acogida á estos delirios, que tanto lisonjean las pasiones. Y hé aqui el funesto y fecundo origen de la infinidad de prosélitos del deísmo, que Woltaire y sus secuaces han hecho en nuestros dias.

Deseando pues oponer un muro inexpugnable á este torrente de impiedad, que se derrama sobre la faz del universo, con el designio de inundarle todo, prevengamos á los fieles incautos y sencillos sobre la demencia de estos materialistas, que impugnan la verdadera idea de la existencia de Dios, cuyo brazo excelso y omnipotente vemos obrar sobre todas las cosas. Hermanos descarriados y esclavos de vuestras pasiones, ceñíos á responderme.

¿El sentimiento natural no os inspira por sí mismo en vuestras aflicciones la idea de un Dios, á quien levantaiis las manos é invocais en el momento, aunque despues le olvidais? Si tropas enemigas amenazan vuestras tierras y talan vuestros campos, decian los cristianos primitivos á los discípulos de Epicúro y de Lucrecio (que negaban la existencia de Dios como vosotros); si una enfermedad contagiosa se acerca á

vuestros hogares; si el cielo niega á vuestras mieses el rocío saludable; si la muerte os amenaza de cerca, ¿no os asustais al punto? ¿no abandonais vuestra decantada firmeza y vuestra vana filosofía? ¿No conoceis entonces el imperio de una mano omnipotente que os oprime? ¿No son vanos todos los esfuerzos de vuestra razon para sacudir el yugo? ¿El alma naturalmente cristiana, como se explica Tertuliano, no levanta en esta ocasion sus manos al cielo, como para pedir auxilio? Vos ¡ó mi Dios! signásteis vuestra luz sobre ella.

Mas esta idea, decís, es una preocupacion y puro efecto de la educacion. Decidme, os ruego, ¿vuestros padres de quién recibieron esta idea? Subid de generacion en generacion hasta el origen del mundo, si es que lo confesais; y si lo creéis infinito, subid hasta lo infinito, y mostradme la época en que tuvo

principio esta preocupacion, ó el tiempo en que no se conocia este Sér supremo, este Dios omnipotente, Criador del universo, cuya luz dexó impresa en nuestras almas. ¿Pero qué digo? ¿La voz de la naturaleza no corresponde á la del alma? ¿No es indispensable confesar la necesidad de un Sér infinito, de una primer causa y origen de los demas seres? Sin ella, ¿quién los hubiera producido, quién los hubiera dado la existencia? O debemos pues negar nuestra existencia, ó confesar al Autor primitivo de ella.

Vosotros direis con algunos pseudo filósofos antiguos y modernos, que el origen de todo ha sido el concurso casual de los átomos sobre la materia. Pero decidme: este acaso que jamas ha podido formar una iglesia, una casa, una choza, una pintura &c. sino la mano agena del artífice en la sucesion de los tiempos, ¿cómo pudo en el principio

hacer esta admirable bóveda del cielo, estos inmensos globos de luz, presidentes del día y de la noche? ¿Fue el acaso, dice un sabio, el que formó al sol y ordenó á la tierra que presentase toda su faz para recibir de él con medida la luz, el calor y su influencia, sin lo cual no sería otra cosa la tierra que una lóbrega mansion de tinieblas, de tristeza y esterilidad? ¿Alternan por el *acaso* las tinieblas á la luz para darnos tiempo de recobrar las fuerzas por medio del sueño y del reposo? ¿Es el *acaso* el que figuró los átomos en las aguas, y el que dió á estas la propiedad de elevarse sobre nuestra atmósfera, quien las sostiene y derrama despues sobre nuestras campiñas y arboledas para hacerlas fecundas? ¿Es el *acaso* el que produce las plantas y las flores, y el que da á la tierra la virtud de conservar su germen, y hacerlas renacer todós los años á su tiempo se-

ñalado para nutricion y recreo del hombre? ¿De qué servirían los frutos, si no hubiera animales que los necesitaran, ó qué sería de los animales, si la tierra no produxese frutos para sustento de ellos? Es menester pues ser insensatos para dexar de conocer la mútua relacion de estos objetos que nos pone á la vista la infinita sabiduría y providencia del Señor, que crió y cria sin cesar uno para otro."

Pero vengamos al hombre, imágen y semejanza de Dios. ¿Es el concurso casual de los átomos quien lo produce, haciéndolo capaz de combinar, discurrir y adoptar los medios mas proporcionados á sus ideas? ¿Es el *acaso* el que forma la admirable estructura de su cuerpo; quien convierte los alimentos en leche, en carne, en sangre, en huesos? ¿Es el *acaso* el que sostiene la delicada textura de sus fibras, músculos, nervios, venas; quien dibu-

xa en él los ojos, oídos, boca y lengua? Decidme: ¿cómo en el transcurso de tantos siglos ha podido el concurso actual de los átomos conservar la uniformidad en la formación del hombre, sin que jamas hayamos visto sus ojos en los pies, su nariz en el ombligo, su lengua en el espinazo &c.? ¿Es el acaso el que formó esta infinita variedad de especies de animales, de aves, de reptiles, de peces? ¿Quién produjo la estructura interior de sus cuerpos? Difiere segun su tamaño; pero todos, así el elefante como el mosquito, el arador &c. tienen sus huesos, nervios, músculos, arterias, estómagos, hígados, corazón &c. ¿Será esta uniformidad por tantos siglos obra del concurso casual de los átomos?

Volvamos al hombre. ¿Es el cuerpo que tocamos con nuestros sentidos todo su sér? Yo veo en él operaciones que me hacen creer lo contrario. Veo que piensa, que racioci-

na, combina, que duda, que obra con arreglo á sus miras, y que sigue los medios que juzga mas análogos á su objeto. ¿Será capaz la materia de que está formado su cuerpo de inventar semejante plan de ideas, y de seguirlas sistemáticamente? Si no es pues el cuerpo, dice un sabio, el que piensa, delibera, y el que me decide á obrar conforme á las reglas de prudencia, luego hay en mí otro principio, á quien estas funciones corresponden. ¿Se habrá producido á sí mismo este principio? ¿Absurdo grosero, manifiesta locura criarse uno á sí mismo! Luego hay una causa superior que ha dado el sér al principio de estas operaciones. ¿Esta causa por ventura es la materia? ¡Ah! cerebros destornillados, ¿no conoceis que la materia es incapáz de pensar ni combinar, no puede dirigir estas operaciones? Confesad pues de buena fe que el principio de ellas es un

alma, una inteligencia espiritual, criada por Dios, y donada al hombre para hacerlo á su imágen y semejanza.

Sírvanse decirnos estos discípulos de Epicúro ¿si serán obra del *acaso*, ó concurso casual de los átomos estos sentimientos que el hombre experimenta en sí mismo de ternura, de amor, de sujecion, de respeto, de proteccion, de reconocimiento, de rectitud, y los talentos necesarios para combinar y dirigir sus desig- nios? ¡Ah! ¿Quién no ve aquí la mano del Omnipotente, que reserva para el hombre estos caractéres para hacerlo capaz de ser útil á la iglesia y al estado, con arreglo al plan dispuesto por su eterna sabiduría? ¿Quién osará en fin negar que los vínculos de la naturaleza, de la dependencia, del comercio y de la sociedad sean una demostracion evidente de la divinidad del Criador, que formó en tiempo, y sostiene

hasta el día, al universo?

¿Pero qué digo? Estaba reserva- do á los deistas de los últimos si- glos estos discípulos de Epicúro y ateistas prácticos desmentir el tes- timonio de toda la antigüedad, el de todas las obras primigénias que caen baxo nuestros sentidos, la voz misma de la naturaleza y todo lo que publica demostrativamente la gloria de su Criador. ¡Ah! ¡Qué torrente de desórdenes, dice un sabio, inun- darian la tierra si llegase á preva- lecer el sistema de los materialis- tas! Si todo fuese efecto del movi- miento de la materia y del acaso, faltaria en los hombres la reflexion, la libertad, la probidad, la justi- cia, la virtud, sin mas ley que la casual y varia disposicion de la ma- teria. El crimen vendria á ser neces- sario é inocente, y seria inútil é in- justo castigar al parricida, como se- ria locura castigar á una piedra, cuya caida hubiese muerto á un hombre.

Dexemos pues delirar á estos impios, que por poner á cubierto la relaxacion de sus costumbres y desarreglo de sus pasiones favorítas, han dicho en su corazon ingrato: *no hay Dios*; contra los testimonios irrefragables de todas las naciones, de sus propios sentidos, del remordimiento de sus conciencias y de la voz misma de la naturaleza, que publica la gloria de su Hacedor; y adoremos nosotros en espíritu y verdad una primera causa de todos los seres visibles é invisibles; un Dios único, inmenso, libre, infinito, independiente; que nos crió á su imágen y semejanza, en cuya virtud nos movemos, vivimos y somos; que lo dirige todo con suavidad y fortaleza á sus eternos designios, y á quien invocamos con el dulce nombre de *Padre*. Pero de todas estas verdades y demas contenidas en el símbolo de nuestra fe, os hablaré por su órden en las siguientes pláticas.



PLÁTICA IV.

EXPLICACION DE ESTAS PALABRAS DEL
SÍMBOLO: CREO EN DIOS PADRE
TODOPODEROSO.

SEÑORES:

Por dos justos é inefables títulos somos obligados á confesar é invocar á Dios por *Padre*. En primer lugar, porque es Padre natural del Verbo eterno, á quien engendra de su propia substancia por toda la eternidad; y en segundo, porque habiendo tomado este Verbo divino nuestra humana naturaleza, por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de una Virgen, para redimirnos del pecado, nos adoptó misericordiosamente por sus hijos,

Dexemos pues delirar á estos impios, que por poner á cubierto la relaxacion de sus costumbres y desarreglo de sus pasiones favorítas, han dicho en su corazon ingrato: *no hay Dios*; contra los testimonios irrefragables de todas las naciones, de sus propios sentidos, del remordimiento de sus conciencias y de la voz misma de la naturaleza, que publica la gloria de su Hacedor; y adoremos nosotros en espíritu y verdad una primera causa de todos los seres visibles é invisibles; un Dios único, inmenso, libre, infinito, independiente; que nos crió á su imágen y semejanza, en cuya virtud nos movemos, vivimos y somos; que lo dirige todo con suavidad y fortaleza á sus eternos designios, y á quien invocamos con el dulce nombre de *Padre*. Pero de todas estas verdades y demas contenidas en el símbolo de nuestra fe, os hablaré por su órden en las siguientes pláticas.



PLÁTICA IV.

EXPLICACION DE ESTAS PALABRAS DEL
SÍMBOLO: CREO EN DIOS PADRE
TODOPODEROSO.

SEÑORES:

Por dos justos é inefables títulos somos obligados á confesar é invocar á Dios por *Padre*. En primer lugar, porque es Padre natural del Verbo eterno, á quien engendra de su propia substancia por toda la eternidad; y en segundo, porque habiendo tomado este Verbo divino nuestra humana naturaleza, por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de una Virgen, para redimirnos del pecado, nos adoptó misericordiosamente por sus hijos,

como á hermanos y miembros de Jesucristo su unigénito, elevándonos en calidad de fieles cristianos á coherederos de su reino inmortal. Titulos augustos, que jamas debeis perder de vista para reanimar vuestra fe y arreglar vuestras costumbres. Prestadme por un rato toda vuestra atencion, mientras os instruyo en estas verdades dogmáticas, fundamento de nuestra religion.

I. Por lo que hace á la generacion eterna de Jesucristo, Verbo é Hijo natural de nuestro Padre Dios, la anunció el real Profeta en su salmo, cuando hablando de Cristo Redentor del mundo, pronunció estas sublimes palabras: *dixo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra.... Hoy antes de la aurora te he engendrado*; es decir, en la eternidad, segun todos los padres y expositores. Testimonio irrecusable de la incomprehensible fecundidad, por la cual Dios es naturalmente Padre,

y produce por generacion un Verbo, un Hijo eterno, omnipotente, inmenso, consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de Esencia y Trinidad de Personas.

La inteligencia de este inefable misterio, oculto á la mayor parte de los judíos por su inclinacion á la idolatría y politeísmo, la reservó el Señor á los fieles de la nueva alianza ó cristianismo; y para manifestar la divinidad de Jesucristo hizo resonar solemnemente su voz sobre las márgenes del Jordán cuando S. Juan lo bautizaba, diciendo: *este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he complacido*. Testimonio irrefragable, que repitió el Padre Eterno cuando sobre el Tabór, y á presencia de Moisés, Elías, Pedro, Juan y Santiago se transformó Jesucristo, por estas sublimes palabras: *este es mi Hijo amado; oidlo*.

Mas aunque el Verbo encarnado

no necesitaba de este testimonio para acreditar su filiacion divina, por que sus obras mismas eran suficiente prueba, como observa un sabio controversista; sin embargo, desde su bautismo en el Jordán no habló de Dios sino baxo el nombre de *Padre*. Fue su Padre quien reveló á San Pedro que Cristo era Hijo de Dios vivo. Fue su Padre quien le dió todas las cosas de este mundo. Es con su Padre con quien no cesa de obrar. Es su Padre quien de nadie es conocido sino del Hijo, ó de aquellos á quienes se ha dignado revelarse. Es la voluntad de su Padre la que ha venido á cumplir sobre la tierra. Es á su Padre á quien clama por el perdon de los que lo estan crucificando y por el desamparo en que se halla. Es finalmente en las manos de su Padre en las que entrega su espíritu.

II. Esta divina filiacion es para los cristianos muy gloriosa, por cuan-

to participamos de ella; aunque con la notable diferencia, que Jesucristo es Hijo de Dios por naturaleza, y nosotros lo somos únicamente por su adopcion misericordiosa. ¡Religion augusta, religion santa, religion única! ¡qué nuevo, qué incomprehensible prodigio presentais en esta parte á los ojos de nuestra fe! ¿Quién pudiera jamas concebir ni imaginar, que el hombre, este vil gusano de la tierra, cubierto desde su origen de la lepra del pecado, enemigo de Dios, esclavo del demonio, y adicto á una pena eterna, pudiera venir á ser elevado á la altísima dignidad de hijo de Dios y heredero de su reino inmortal? Sin embargo la fe de la Iglesia nos enseña que lo somos por regeneracion en el santo sacramento del bautismo. Dignidad altísima, exclama un varon ascético, que ni podemos comprender, ni dudar de ella.

En efecto Jesucristo promete á

los que cumplieren la ley del evangelio que serán hijos del Padre que está en los cielos; y ordenó á sus discípulos, y en ellos á todos nosotros, que para invocar al Señor empecemos por estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*; para darnos á entender que portándonos como hijos, le invoquemos con sinceridad y veneracion como á Padre, y le pidamos llenos de confianza para ser oídos del Todopoderoso, el mas tierno, el mas amoroso de todos los padres. Formad idea de su carácter de bondad y amor por el testimonio irrefragable que nos dió por S. Juan poco antes de ser entregado al poder de sus enemigos y á la justicia de su Eterno Padre.

“Padre mio, dice, la hora es llegada, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique.... No os ruego solamente por mis apóstoles, sino tambien por aquellos que han

de creer en mí por la palabra de ellos, para que sean todos una cosa, asi como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que tambien sean ellos una cosa en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado (por adopcion) la gloria que tú me diste (por naturaleza), para que sean una cosa, como tambien nosotros somos una cosa. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en una cosa, y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado, como tambien me amaste á mí. Padre, quiero que aquellos que tú me diste esten conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria, que tú me diste; porque tú me has amado antes de la creacion del mundo.” ¡A qué grado de dignidad, señores, no nos eleva el carácter de hijos de Dios que recibimos en el sacramento de nuestra regeneracion espiritual!

Abrid esos libros santos, depósito

de las verdades del Eterno, y hallaréis que el mismo Jesucristo no se desdigna de llamarnos hermanos. Id, dixo á las mugeres que fueron á visitar su sepulcro cuando habia ya resucitado, decid á mis hermanos que vayan á Galilea, y allí me verán. Ademas, explicando el Apóstol el misterio de nuestra dignidad de hijos de Dios, nos la hace ver en la eleccion eterna de los santos; por la cual ha predestinado el Señor á los que ha querido, para hacerlos conformes á la imagen de su Hijo, á fin de que sea el primogénito entre muchos hermanos; y hablando á los fieles de Éfeso, les dice: Dios nos ha elegido en Jesucristo antes de la creacion del mundo, por el amor que nos ha tenido, para que fuesemos santos é inmaculados en su presencia por la caridad; el cual nos predestinó, adoptándonos por hijos por medio de Jesucristo, segun el propósito de su voluntad.

Para formar idea justa de la dignidad y alteza de nuestra adopcion filial, oigamos lo que sobre ella consta de la carta del Apóstol á su discípulo Tito. "Dios, dice, nos ha salvado por el agua de la regeneracion y por la renovacion que el Espíritu Santo ha hecho en nosotros, siendo derramada por nuestro Señor Jesucristo con una rica efusion, para que justificados por su gracia, viniésemos á ser herederos de la vida eterna." Reconoced pues, cristianos, vuestra dignidad, os ruego con S. Leon. Dios por medio del bautismo nos ha separado de la masa de perdicion. Somos ya hijos de Dios por la fe de Jesucristo, de la cual nos hemos revestido en el sacramento de nuestra regeneracion; no hay ya distincion entre el judío y el griego, dice S. Pablo, entre el libre y el esclavo, entre el hombre y la muger; pues todos somos una misma cosa en Jesucristo. Con el precio in-

finito de su sangre nos ha hecho hermanos suyos, miembros de su cuerpo místico. Con la fe nos ha comunicado el poder y los medios de llegar á ser hijos de Dios y coherederos de su gloria.

Notad de paso que á esta grande obra de nuestra filiacion concurre toda la beatísima Trinidad. Es en efecto el Espíritu Santo el que nos comunica estos dones. En el bautismo, dice un sabio, nos señala con el carácter de la adopcion, que es el gaje de las promesas hechas á sus escogidos. Consagrando nuestros miembros, los hace templos vivos de su divina habitacion. Para que conservemos la santidad socorre nuestra flaqueza. Como no sabemos pedir á Dios, orando como se debe, ora en nosotros con gemidos inenarrables. Por él hemos recibido el carácter de hijos adoptivos, y por él clamamos á Dios: ¡Padre mio! ¡Padre mio! Reconoced pues la dignidad

de hijos de Dios y la santidad del estado á que habeis sido elevados, y temed no caigais de él por medio de una vida anticristiana, que os haga volver á la masa de perdicion.

En los títulos de esta adopcion se contiene asimismo el de templos del Espíritu Santo. Procurad conservar esta altísima dignidad. No lo contristeis, como os amonesta el Apóstol; es decir, no le hagais retirar su gracia de vosotros en castigo de vuestros pecados: conservad con cuidado siempre nuevo los frutos de esta adopcion, que son la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la mansedumbre, la perseverancia, la bondad, la dulzura, la fe, la modestia, la continencia y la castidad. Asi marcharéis por las sendas de la justificacion, y avanzando cada dia de claridad en claridad, acreditaréis que sois hijos de Dios por vuestra obediencia á sus leyes,

y os haréis coherederos de Jesucristo, con opcion á su gloria.

Resta para conclusion de esta plática deciros cuatro palabras acerca de la expresion *Todopoderoso*. Dios lo es en efecto, ya se atienda á la creacion y conservacion de los seres visibles y corporales, ya á sus eternos designios sobre los espirituales. Abrid el libro del Génesis, y hallaréis que en el principio de todas las cosas dixo Dios: hágase la luz; extiéndanse los cielos; júntense las aguas, y enciérrense en el abismo de los mares; adquieran firmeza los continentes; produzca la tierra plantas y frutos; presidan los astros brillantes uno al dia y otro á la noche; púeblyense los aires de aves, y de peces el mar, y de diversos animales las campiñas. En seguida dixo: hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, para que presida á los vivientes subalternos, y goce de los bienes de la naturaleza.

Hé aqui á todos los seres salidos de la boca del Criador con una sola palabra. ¿No es este un testimonio irrecusable de su omnipotencia? ¿No es un argumento ineluctable de nuestra esencial dependencia? ¿No es necesario que el Señor por su omnipotente providencia nos conserve y nos sostenga por la misma virtud que nos dió la existencia? ¡Ah! Si por un solo instante no nos conservase su mano benéfica, en aquel mismo punto seriamos reducidos á la nada, de donde salimos.

Y si en calidad de omnipotente obra como Soberano árbitro de la naturaleza visible, ¿le negarémus el absoluto dominio sobre el corazon del hombre para mudarlo, para vencer la oposicion que tiene al bien, para convertirlo y hacerle marchar por las sendas de la justificacion? Disputar á Dios este derecho, seria quererlo privar de la parte más preciosa y esencial de su omnipoten-

cia y supremo dominio. El poder pues que exerce sobre nuestras almas debe animar nuestra esperanza, y exige nuestras adoraciones. Señor, decía David, vos me habeis librado del abismo y del fango en que estaba precipitado. Vos me habeis sacado, perdonándome mi delito. La mano del Altísimo ha obrado en mí esta maravilla. "Es el Señor, dice el Apóstol, quien obra nuestra salud: nosotros somos hechura suya, criados en Jesucristo para buenas obras, las que Dios preparó para que anduviesemos en ellas. No somos capaces de tener pensamiento alguno bueno como de nosotros mismos. Pero Dios nos hace capaces, y es el que obra en nosotros, así el querer como el executar, según su buena voluntad. El que ha empezado el bien en nosotros, no dexará de perfeccionarlo hasta el día de Jesucristo." Adoremus pues en espíritu y verdad á nuestro Pa-

dre Dios, á cuya omnipotencia debemos nuestro sér, y de quien únicamente debemos esperar nuestra eterna felicidad.



PLÁTICA V.

EXPLICACION DE LAS PALABRAS DEL
SÍMBOLO: CRIADOR DEL CIELO Y DE
LA TIERRA, Y DE LAS COSAS VISI-
BLES É INVISIBLES.

SEÑORES:

Toda la naturaleza nos convida y estimula á que ensalcemos y glorifiquemos á su Autor. Las maravillas sin número que el universo manifiesta, proclaman por sí mismas ser obra de un eterno y benéfico Criador. Apenas abrimos el primero de los libros canónicos, hallamos á su frente estas notables palabras: *en el principio crió Dios el cielo y la tierra.* En seguida nos dice el Espíritu Santo, autor de estos li-

bros, que de la materia que Dios produjo de la nada formó la luz, el firmamento, los mares, las plantas que debían existir en la naturaleza, los astros que hermosean el cielo é iluminan la tierra, los peces y las aves que viven sobre el continente; al hombre en fin, formado á su imágen y semejanza; cuyas obras todas, como salidas de su mano omnipotente, las declaró perfectas.

Avergonzaos pues, espíritus incrédulos, astros errantes de una vana filosofía, que osais blasfemar lo que ignorais, y dexad de preguntar con los maniquéos: ¿de qué sirven en el mundo tantos animales, insectos y reptiles nocivos? Dexad esos discursos impios, con que blasfemais, como malo y contrario á la belleza del universo, todo lo que os incomoda. ¡Ah! rebelado el hombre contra su Soberano Criador, ¿no era justo y consiguiente que hubiese tambien criaturas vengadoras, que

se rebelasen contra el hombre? Además, ¿qué necesidad cerrar de propósito los ojos para no ver las maravillas que resplandecen en todas las obras de Dios! Arrojemos una mirada rápida sobre este océano de milagros, dice un sabio, para elevarnos á su Autor por adoracion y reconocimiento.

“Si levantamos nuestros ojos al cielo, aunque no percibamos sino una pequeña parte de su extension, ofrece á nuestra vista una inmensa concavidad, que abraza al universo. Mas lo poco que vemos nos hace reconocer la magestad é infinita sabiduría del Arquitecto. La noche serena, por exemplo, sorprende con un sin número de astros mas de treinta y cinco mil veces mas extensos que el globo del sol, y muchos millones de veces mayores que la tierra, sin haberse apagado ni disminuido su esplendor en tantos siglos. Por esto dice el real Profeta que los cielos pu-

blican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las maravillas de su omnipotencia.”

Aun es mas agradable el espectáculo del día. En el momento que el sol extiende sus rayos, todo el resplandor de las estrellas desaparece; y este soberbio pabellon que cubre la tierra aparece únicamente un cóncavo azul, que pierde totalmente sus adornos. El sol es gefe del día y restaurador de la luz, que habiamos perdido mientras él iluminaba á nuestros antípodas. “Este hermoso luminar, dice un sabio, despierta y reanima á los hombres, los resucita, para decirlo así, de esta especie de muerte, en que la noche y el sueño los habia sumergido, haciéndolos recobrar sus fuerzas. Pone en seguida en movimiento las artes y el comercio; hace revivir y fecundiza toda la naturaleza, renovando asimismo los ejercicios del culto que se debe al Sér Supremo.

Se nos manifiesta , despues de haberlo anunciado la aurora , como un esposo que sale de su tálamo nupcial , adornado de sus mas ricos vestidos. Arrogante con su resplandor y sus ventajas , emprende con pasos de gigante su carrera , y no hay persona sobre la faz del globo que no participe de los beneficios que derrama.”

¿Mas es por ventura el sol quien se produjo á sí mismo ; quien arregló sus movimientos ; quien ordenó las estaciones? Nada menos. Gracias al Padre de las luces que nos sacó de las tinieblas de la idolatría , y nos traxo al conocimiento de un solo y verdadero Dios , Padre , Hijo , y Espiritu Santo , Criador del cielo y de la tierra , y de todas las cosas visibles é invisibles. Gracias, repito, al Dios de magestad , que nos ha separado del peligro de idolatría. Pero la lástima inconsolable es, que en su lugar ha ocupado nuestro co-

razon el abominable vicio de la ingratitude , y en el de muchos el detestable de la incredulidad. El politeismo nos hacia adorar todas las cosas , hasta los mas viles insectos ; y la incredulidad nos conduce al ateismo. Cuando gentiles queriamos adarlo todo , y cuando cristianos queremos sacudir el yugo suave de la religion , y nada queremos adorar , por un prodigio de ingratitude.

¿Hay muchos por ventura que se juzguen felices al ver la multitud de bellezas que produjo el Criador para adorno del cielo y de la faz del universo? ¡ Ah ! ¡ Qué dicha ver los campos cubiertos de plantas y de flores , casi todas diversas , inimitable cada una de ellas por los mas célebres artistas ! Al ver la maravillosa construccion y la hermosura de estas flores , cuyo adorno no pudo imitar Salomon en toda su gloria , ¿ no son un tosco tejido y un grosero cilicio nuestras mas finas es-

tofas? ¿Quién al ver las bellezas que produce la tierra, elemento el mas grosero de la naturaleza, no comprehende ser todo ello obra de una sabiduria infinita? ¿Quién al ver esta multitud de árboles cargados de frutos, para alimento del pobre y regalo del rico, no eleva su mente para alabar al Criador y darle gracias por su inmensa y adorable bondad?

La mano benéfica que formó el universo se dignó aparecer inagotable á favor del hombre, queriéndolo colmar de riquezas y delicias. No quiso que su alimento fuesen únicamente las producciones de la tierra. Crió un nuevo género de seres, multiplicado infinitamente, para manifestacion de la incomprehensible sabiduria de su Autor, regalo y delicia del género humano. Produzcan las aguas, dixo Dios, animales vivientes que naden en ellas; y al eco de esta voz omnipotente na-

cen pueblos acuátiles, cuyo número, forma y propiedades son inexplicables, y cuya multiplicacion excede al guarismo. Pero no es esto lo mas, sino que en vez de encerrarse en los abismos del mar, vienen á cumplir los designios de la Providencia, presentándose en tropas por sí mismos al anzuelo y redes de los pescadores, para servir de alimento al hombre.

Ni es menos visible á favor de la humanidad el orden de la Providencia respecto de los animales que pueblan los aires y la tierra. No preguntemos, dice un sabio controversista, ¿por qué ha dispuesto Dios que los peces y las aves, cuya naturaleza y morada debian ser tan diferentes, tuvieran el mismo principio saliendo de las aguas? Nosotros no sabemos dar otra razon, sino su impenetrable voluntad. Mas parece convenia que el pueblo de los aires, manifiesto siempre á nuestros

ojos, estuviese dotado de mas grandes maravillas que el de los mares. Este no se ve regularmente sino despues de su muerte. Pero el número de los volátiles y animales terrestres, de que usa el hombre para alimento y regalo, es corto en comparacion de los que el Criador nos ha puesto á la vista para excitar nuestra admiracion, y recordarnos su omnipotencia, su bondad, su sabiduria, y la perfeccion de sus obras."

Prescindo, por no dilatarme, de las maravillas que observamos en las varias repúblicas de los animales é insectos que pueblan la tierra y los aires. ¿Qué no podria decir de las hormigas, las abejas, del halcon, del gavián, de la astucia de las raposas, de los perros de caza, de la docilidad de las bestias de carga, de la dulzura tímida con que se dexan conducir, aun á la voz de un muchacho, de quien á

veces debian quejarse, como la jumenta de Balaam, si les fuera posible? ¿Qué grande, qué magnífico, qué inefable es Dios en sus obras! Si queremos inquirir la causa de tan admirables fenómenos, no hallaremos otra que la infinita sabiduria y benéfica providencia del Criador. Ensalzado y glorificado seais ¡ó mi Dios! ¿Cuán dignas son de alabanza y de nuestra gratitud vuestras obras! Todo lo habeis hecho sobre los modelos de vuestra infinita sabiduria. Todo dimana de vuestros inagotables tesoros. *¿Quàm magnificata sunt opera tua, Domine! Omnia in sapientia fecisti: impleta est terra possessione tua, animalia pusilla cum magnis.*

Aquí debía yo tratar con extension de las criaturas invisibles; es decir, de los santos ángeles, así por la excelencia de su estado, como por las relaciones que tienen con nosotros. Mas los cortos límites de

una breve plática me impiden dar á la materia la extension de que es susceptible. Diré pues únicamente lo que baste para vuestra instruccion sobre punto tan interesante, y que mirais con tanta negligencia.

Estas supremas inteligencias ó espíritus celestiales, son llamados *ángeles* ó *enviados*, por haberse Dios servido de ellos en muchas ocasiones que nos refiere la escritura, para executar sus divinas voluntades. Vos, Señor, dice David, os servís de vuestros espíritus, como de *embaxadores* ó *nuncios*, y los haceis llamar de fuego, en calidad de ministros. Pecó Adán; fue en pena arrojado del paraíso, y al instante se presentó un ángel con una espada de fuego para impedirle la entrada. Ángeles fueron los que incendiaron las nefandas ciudades de Pentápolis; ángeles los que degollaron en una noche á los primogénitos de Egipto; ángeles los que destruye-

ron los exércitos de Senacherib y de Benadab; ángeles los que destruyeron á Balaam en su marcha; ángeles los que castigaron la impiedad de Heliodoro, destinado á saquear los tesoros del templo &c. Ni son únicamente destinados como ministros de las venganzas del Señor, sino tambien como nuncios de sus misericordias.

Aquí vemos á un ángel que hace de parte de Dios las promesas mas magníficas al patriarca Abraham. Allí vemos un ángel que le promete en Sara, anciana y estéril, un hijo, ascendiente del Redentor del mundo, en quien serán benditas las naciones. Aquí vemos un ángel luchando con Jacob, al cual no suelta este patriarca hasta recibir su bendicion. Allí vemos presentarse al mismo multitud de ángeles, que subian y bajaban sin cesar por aquella misteriosa escala, que fixa sobre la tierra, se apoyaba en el cielo, para dar-

nos á entender que ellos son los ministros que llevan con frecuencia nuestras oraciones al trono de Dios, y descienden á executar sus designios. Aqui vemos á Tobías, acompañado de un ángel disfrazado, que lo conduce y reduce sano de una larga peregrinacion, y que le prepara medicina para que cure la ceguera de su padre. Alli vemos ángeles hablando con Moisés familiarmente; anunciando á Manué á Sanson de su muger estéril; á Zacarías el nacimiento del Bautista &c. Aqui vemos un ángel que anuncia á la purísima Virgen María la encarnacion del Verbo Eterno en sus entrañas por obra del Espíritu Santo; vemos ángeles que entonan su gloria al tiempo de su nacimiento en un establo; ángeles que le suministran alimento despues del rigoroso ayuno de cuarenta dias con sus noches; ángeles que lo confortan en la agonía; ángeles que anun-

cian su gloriosa resurreccion &c.

Ademas de estos ministerios, ingenioso Dios en sus misericordias á favor del hombre, nos señaló ángeles para nuestra custodia, como expresamente consta del salmo 90, en el cual el real Profeta, para animar al justo á que ponga toda su confianza en el Altísimo, le asegura que ha mandado el Señor á sus ángeles lo protejan en todos sus caminos; que lo lleven de la mano para que no tropiece con la piedra de la ofensa y del escándalo, y que marche sobre el áspid, sobre el basilisco y el leon, sobre el dragon sin miedo de sus mordeduras. Ha sido pues siempre un dogma asi en la ley antigua como en la nueva, que cada uno de los que adoran al verdadero Dios, tiene su ángel tutelar, encargado de velar sobre la conservacion no solo de su cuerpo, sino principalmente de su alma. Eternamente daré gracias al Señor, de-

cia Isaías, por las misericordias con que ha colmado á los escogidos de la casa de Israel.... En todas las aflicciones que les han sucedido, no solo ha venido á su socorro, sino que los ha salvado, por medio del ángel, de su rostro. Jesucristo, hablando de esta protección que ha encargado á sus ángeles, la extiende hasta los párvulos, cuyos ángeles, dice, ven siempre en el cielo el rostro de su Eterno Padre. Los padres de la Iglesia, apoyados en la tradicion de los apóstoles, sostienen, como doctrina universal, que todos los cristianos y hombres de bien tienen su ángel tutelar, que vela por su conservacion y su salud.

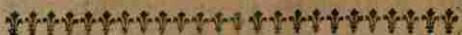
Oigamos entre otros padres á San Bernardo sobre la materia. Dios, dice este padre, ha encargado á sus ángeles el cuidado de vosotros. ¡Qué honor, qué muestra de amor! Considerad quién habla, á quiénes ha-

bla, de quién habla, y lo que piensa. Quien manda es el Criador de los ángeles, que no tienen otro deseo que cumplir su voluntad. A quienes manda es á los ángeles; estos espíritus sublimes, solo inferiores á Dios por naturaleza, que gozan íntimamente de su divina presencia, que estan absortos en ella, y seguros de no caer jamas de la felicidad de su estado. A estos hace mensajeros y executores de sus órdenes. ¿Qué no debeis pues esperar de ellos, habiéndoles confiado el Señor la custodia de vuestras personas?

“Mas, ¡ó Dios! añade este padre, ¿quién es el hombre, para acordaros de él tan favorablemente? ¿Es otra cosa en vuestra presencia, que ceniza y corrupcion....? En atencion pues á que Dios ha mandado á sus ángeles que esten cerca de nosotros para velar sobre nuestra salud, ¿con qué respeto,

con qué modestia no debemos estar en su presencia? ¿Qué sentimientos de gratitud no deben inspirarnos sus beneficios? ¿De qué confianza no debe llenarnos su proteccion? No olvidéis pues jamas en vuestras obras y palabras, en secreto y en público, que estais en presencia de un espíritu celestial, dotado de la mas alta pureza; ni hagais delante de él lo que no osariáis delante de un hombre de bien. Oidle, obedecedle, y contad con el efecto de su benevolencia. Como os llevará por la mano, no permitirá seais tentados sobre vuestras fuerzas. Si procuran seduciros algunos espíritus falaces, el mundo, la carne y la sangre, implorad el socorro de los ángeles, que no tardaréis en experimentar." Alabad finalmente, y bendecid, os ruego, á este Criador de todas las cosas visibles é invisibles, que todo lo ordenó á beneficio vuestro, y que solo os pide

en recompensa el corazon. Amadle pues en espíritu y verdad, y obtendreis la felicidad eterna, que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.



INSTRUCCION

ó

PLÁTICA VI.

SOBRE LAS PALABRAS DEL SÍMBOLO
NICENO : CREO EN JESUCRISTO , SU
ÚNICO HIJO , QUE NACIÓ DEL PADRE
ANTES DE TODOS LOS SIGLOS. LUZ
DE LA LUZ ; DIOS VERDADERO DE
VERDADERO DIOS ; ENGÉDRADO , NO
HECHO ; CONSUBSTANCIAL AL PADRE,
POR QUIEN SE HICIERON TODAS
LAS COSAS.

SEÑORES :

La fe nos enseña que en Jesu-
cristo hay dos naturalezas: divina y
humana. Suponen por consiguiente

dos generaciones ; una eterna , por
la cual el Verbo Eterno es en todo
igual y consubstancial á su Padre ;
y otra temporal , cuando por obra
del Espiritu Santo se hizo Hombre
en las entrañas purísimas de la Vir-
gen María para redimir con su san-
gre al género humano. Como la ma-
teria de estos misterios es tan su-
blíme y extensa , he juzgado á pro-
pósito dividirla en dos pláticas. En
la primera hablaré de la generacion
eterna, y en la siguiente de la tem-
poral. Por lo que hace á la eterna,
el profeta Isaías la juzga inenarra-
ble , porque los misterios de Dios
son superiores á la capacidad hu-
mana , é incomprehensibles por sí
mismos ; y nadie es capaz de acer-
carse á investigar las profundida-
des de la magestad , sin exponerse
á ser oprimido de su gloria. No
esperéis pues , os dé una idea cla-
ra de tan sublime misterio. Solo os
haré presente algunos de los sublí-

mes caractéres que la escritura santa aplica al Verbo Eterno, que aunque inefables por sí mismos, son muy á propósito para que cautiveis vuestro entendimiento en obsequio de la fe, y poneros á cubierto de la heregia de Arrio y demas hereges que niegan la eternidad y divinidad de Jesucristo, Verbo ó Palabra de Dios.

La religion nos enseña que Dios es uno en esencia y trino en Personas; Padre, Hijo, y Espíritu Santo, en todo iguales y consubstanciales, con una misma naturaleza, poder, sabiduria, inmensidad y magestad por toda la eternidad. La fe nos enseña que el Padre engendra eternamente al Hijo por el conocimiento de sus infinitas y adorables perfecciones, y que el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo por el necesario amor que se tienen; sin que por esto sea mayor ni anterior una Persona á otra, sino todas iguales y consubstanciales. Al

Padre se atribuye el poder, al Hijo la sabiduria, y al Espíritu Santo el amor. Pero estas atribuciones no impiden que todas tres Personas tengan esencialmente por toda la eternidad el mismo poder, la misma sabiduria, el mismo amor. Asi cuando al Hijo ó Verbo Eterno se atribuye la sabiduria por los padres y expositores, no hablan de la sabiduria esencial en Dios, comun al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino de la sabiduria subsistente ó personal, por la cual entendemos al Hijo Eterno.

Oigamos en la santa escritura los inefables caractéres con que esta eterna Sabiduria se dibuxa á sí misma, que solo pueden convenir á la emanacion eterna, omnipotente, y siempre subsistente de la divinidad. Estad atentos, nos dice, que voy á manifestaros cosas grandes. Yo estoy con el Señor en el principio de sus caminos; existo desde la eternidad, y antes que fuese criado el

universo: los abismos no existían aún cuando yo estaba concebida: las fuentes no habían salido de la tierra; la masa de las montañas no se había formado; aún no habían aparecido los collados cuando yo estaba engendrada; cuando hizo correr los ríos, cuando afirmaba al mundo sobre sus polos, cuando preparaba los cielos y fijaba los abismos, cuando imponía límites y daba leyes al mar, cuando afirmaba los cielos y los fundamentos de la tierra, existía yo y arreglaba con el (Señor) todas las cosas. La formación y armonía del universo eran para mí una especie de juego. *Cum eo eram cuncta componens.... ludens cum eo eram cuncta componens, ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum.*

Estas expresiones sublimes nos manifiestan claramente la personalidad de la sabiduría de Dios; la cual no puede nuestra razón colo-

car entre los atributos ordinarios, como la omnipotencia, por ejemplo, la eternidad, la inmensidad &c. La escritura no da á estas divinas cualidades función alguna en el gobierno físico ó moral del universo. "No se dice, como observa un sabio, que la omnipotencia haga omnipotentes, ni que la eternidad é inmensidad haga eternos é inmensos á los hombres. Estos atributos son propios de Dios é incomunicables á las criaturas. Pero se dice y se concibe que la Sabiduría divina puede obrar en el mundo, inspirar y dirigir á los mortales, hacerlos sabios, virtuosos y santos. Lo que prueba que no es una simple virtud ó cualidad, sino una Persona divina, que tiene el poder y la acción."

Para comprenderlo mejor, oíd lo que ella misma nos dice acerca de sus efectos é influencias. "La Sabiduría clama, haciendo resonar su voz por todas partes. En medio de

los grandes caminos , en las sendas, en los lugares mas encumbrados , á las puertas de las ciudades clama en estos términos: á vosotros , mortales , clamo ; dirijo mi voz á los hijos de los hombres. Aprended , imprudentes, lo que es la sabiduria ; y vosotros , insensatos , entrad en vosotros mismos. Oidme. Mis labios van á abrirse ; mi boca publicará la verdad , y mis palabras confundirán á los impios. Yo mismo soy la sabiduria que habita en los consejos, y asisto á los pensamientos eruditos: de mí vienen los consejos y la equidad , la prudencia y la fortaleza: por mí reinan los reyes , y ordenan lo justo los legisladores : por mí mandan los príncipes, y los poderosos administran justicia.... En mí residen las riquezas , la gloria, la magnificencia y la justicia.”

“Voy á enseñaros , dice el Espíritu Santo por boca del Sabio, qué cosa es la Sabiduria , y cuál ha sido

su origen. No ocultaré los secretos de Dios , antes sí me remontaré hasta su nacimiento ; yo la pondré á buena luz , y la haré conocer sin ocultar la verdad. He aprendido lo que aún no se habia manifestado á los hombres , y es la misma Sabiduria quien me lo ha revelado. Ella es un espíritu de inteligencia , santo , único , multiplicado en sus efectos , sin mancha , benéfico , amador de los hombres.... estable, infalible.... omnipotente , que todo lo ve, que contiene en sí todos los espíritus.... Ella es el vapor de la virtud de Dios , y la efusion purísima del esplendor del Omnipotente. Por tanto no puede ser susceptible de la menor mancha , porque es el resplandor de la luz eterna , el espejo sin mancha de la magestad de Dios y la imágen de su bondad.... siempre inmutable en sí misma , renueva todas las cosas , se derrama entre las naciones en las almas santas, forma

los amigos de Dios y los profetas, y solo ama el Señor al que habita con ella."

¿Qué mas? ¿Quién no admirará los beneficios, que segun el Espíritu Santo ha recibido el mundo de la eterna sabiduria de Dios? "Ella, nos dice, conservó al primer hombre, que formó el Señor para padre de los demas. Sacólo del pecado, dándole la prudencia de gobernar todas las cosas. Luego que el injusto Caín, arrebatado de envidia y de cólera, se separó de ella, pereció infelizmente, por el furor que le hizo homicida de su hermano. Cuando el diluvio inundó la tierra por causa del pecado, la Sabiduria salvó al mundo, y protegió al justo sobre las aguas.... Cuando todas las naciones conspiraban entre sí para abandonarse al mal, la Sabiduria echó la vista sobre el justo (Abraham), lo conservó delante de Dios, y le dió fortaleza para vencer el cariño

que tenia á su hijo (Isaac). La Sabiduria libró al justo (Loth), cuando huía de entre los malvados, que consumió el fuego que cayó sobre Pentápolis.... La Sabiduria conduxo por sendas rectas al justo (Jacob), cuando huía de la furia de su hermano (Esaú). Lejos de abandonar al justo (Josef), cuando fue vendido, lo libró de las manos de los pecadores, descendió con él á la cisterna, lo consoló en sus prisiones, é hizo eterna su memoria. La Sabiduria entró en el alma del siervo de Dios (Moisés), confundió con signos y prodigios á los reyes terribles de Egipto, y libró al pueblo escogido.... ella en fin in trodixo en la tierra prometida á Abraham y á su posteridad."

La oracion del Sabio confirma estas augustas verdades. "Dios de mis padres, dice, Dios de misericordia, que todo lo habeis hecho por vuestra palabra, y que habeis for-

mado al hombre por vuestra sabiduría; dadnos esta Sabiduría, que está sentada cerca de vos en vuestro trono, y no nos arrojéis del número de vuestros hijos. Enviadla pues del cielo, de vuestro santuario, del trono de vuestra grandeza, para que esté con nosotros; para que con nosotros obre; para que sepamos vuestro beneplácito; y todas nuestras obras os sean agradables." Estos deseos, dice un sabio, se cumplieron. Dios envió á su Verbo, su Palabra sobre la tierra; y esta es la misma Persona que su Sabiduría subsistente. *Fons Sapientie Verbum Dei in excelsis*. Los rasgos de las dos pinturas son absolutamente los mismos. *Verbo Domini celi facti sunt.... Per ipsum facta sunt omnia... Omnia in Sapientia fecisti*. No nos admiremos pues diga S. Juan, remontándose como el águila, al comenzar su evangelio: en el principio era el Verbo, y el Verbo era

con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fue hecho se hizo sin él. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Cada una de estas palabras nos trae á la memoria lo que se ha dicho de la Sabiduría divina subsistente. Luego baxo este nombre es lo mismo que el Verbo; y como la Sabiduría es una Persona subsistente en Dios por toda la eternidad, en el Verbo ó la eterna Palabra debemos concebir los mismos caracteres.

“¿Mas quién es capaz, dice San Agustín, de hacer inteligible el misterio de estas divinas operaciones? ¡Ah! ¿cómo podré yo hacerlo, que soy hombre solamente, y que hablo á hombres, acaso mas débiles que yo? Sin embargo, hermanos míos, continúa este padre, me atrevo á aseguraros la verdad de todo lo que

os he dicho , aunque no lo vea sino por un espejo y en enigma ; porque la eterna verdad ha grabado el conocimiento en mi alma.... Quisiera hablaros del Verbo , del Verbo de Dios , del Verbo por quien todas las cosas fueron hechas. Si no puedo hacerlo conocer en sí mismo , juzgad de él por sus obras , que ellas os inspirarán los sentimientos que le son debidos....” Por mas que nuestros discursos sean débiles , concluye este padre , y privados de la energía que debian tener , no dexaré de hablaros del Verbo de Dios.... que es el que se hace oír en vuestros espíritus por mi boca , y quien nutre á todos con su verdad.

El origen pues del Verbo y el modo de comunicarse á los hombres son misterios incomprendibles , superiores á la capacidad humana. Mas siendo lo mismo el Verbo que la Sabiduría eterna subsistente , sabemos por la fe , que ha nacido eterna-

mente del seno de Dios como ella. Los collados no existían aún , y ya habia nacido : *ante colles ego parturiebar.* ¿ Qué otra idea que la produccion de un Hijo inspira á nuestro espíritu esta notable expresion ? ¿ No nos confirma la escritura en este mismo pensamiento cuando el Padre Eterno dice á su Sabiduría subsistente ó á su Verbo : tú eres mi Hijo , yo te he engendrado en mi seno , antes que anuncie el día el astro de la mañana ? *Filius meus es tu.... Ex utero ante luciferum genui te.* Yo , dice el Señor , yo que hago concebir á otros , ¿ porqué no engendraré ? ¿ *Nonne Ego qui alios parere facio , ipse non pariam , dicit Dominus ?* Si yo concedo á otros que engendren , ¿ seré estéril , dice el Señor por Isaias ? ¿ *si Ego qui generationem ceteris tribuo , sterilis ero , ait Dominus Deus tuus ?*

Yo bien sé que el hombre carnal , que solo cree lo que perci-

ben sus sentidos, desprecia estos misterios de la religion. Pero yo lo reconvengo á que me diga: ¿en qué consiste el flujo y refluxo del mar, la virtud de la piedra imán, el comercio que hay entre el espíritu y la carne, y la causa de muchas otras cosas que caen baxo sus sentidos? Si la debilidad de sus luces no alcanzan á comprehender estos arcanos óbvios, ¿cómo podrán elevarse á los misterios inefables que se obran en el seno de la divinidad? Concluyamos con el Apóstol, que el Hijo de Dios es el carácter y la imagen de la substancia de su Padre. Su nombre pues es el Verbo, la Palabra; no una Palabra agena y accidental. Dios nada semejante contiene, sino una Palabra, que es en él una Persona subsistente, cooperatora y concreadora, que juntamente con el Padre y el Espíritu Santo compone y dirige todas las cosas: una Persona que no tiene prin-

cipio, porque como dice S. Juan, en el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios: una Persona sin embargo distinta de la de Dios Padre y de la del Espíritu Santo. Este único Hijo fue enviado por Dios al mundo, haciéndole aparecer en carne humana, para obrar nuestra redencion. Mas esto pertenece á la



PLÁTICA VII.

SOBRE LA GENERACION TEMPORAL
DEL VERBO ETERNO.

Formado el primer hombre á imágen y semejanza de Dios, y para gozar eternamente de Dios, adornado de la justicia original, dotado de inteligencia y de muchos otros dones sobrenaturales, que lo hacian hijo adoptivo de Dios, heredero de su reino, gefe de las criaturas visibles, y templo vivo del Espíritu Santo, era un objeto digno de las complacencias del Señor. Mas habiendo caido por su inobediencia del esplendor de su primer estado, vino á ser en aquel momento objeto de la indignacion de Dios, en cuya ruina fuimos todos envueltos. Un pecador engendró pecadores. Perdimos

la justicia original; y de hijos de Dios nos convertimos desde aquel instante en esclavos del demonio; de herederos del cielo en víctimas del infierno; de objetos de la complacencia del Señor en blanco de sus iras; de templos vivos del Espíritu Santo en cuevas lóbregas del dragon infernal, adictos á una muerte y á una pena eterna. ¡Miserable condicion humana! ¿Quién te consolará en tanta desgracia?

¡Mas ah! señores, no olvidemos que Dios, cuya naturaleza es la bondad, desde el momento de nuestra ruina en la de nuestros primeros padres, nos anunció el consuelo de reparar nuestra desgracia. Maldixo á la serpiente, instrumento de que se habia valido el demonio para engañar á Eva, y la dice: yo estableceré irreconciliable enemistad entre ti y una muger, entre tu generacion y la suya; y ella quebrantará tu cabeza. En este oráculo en-

tienden los padres y expositores la primera profecía de la venida del Verbo eterno al mundo á tomar carne en el vientre virginal de una doncella, para redimir al linage humano. Esta criatura singular, y fruto de una deliberacion eterna, fue María, concebida sin pecado original, como convenia á la Madre del Omnipotente, en cuyo seno virginal concibió por obra del Espíritu Santo en la plenitud del tiempo al mismo Hijo de Dios, que engendra el Padre celestial por toda la eternidad en el esplendor de los santos. Por este medio, el Verbo eterno, único Hijo de Dios, vino á ser en tiempo verdadero Hijo de María, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, con una sola Persona, y sin confusion dos naturalezas; consubstancial al Padre segun la divina, inferior á los ángeles segun la humana, y hecho participante de nuestras miserias, á excepcion del peca-

do, sin que por esto dexé de ser único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de Personas.

Este inefable é incomprehensible misterio de la natividad de Jesucristo, como Hijo de una Virgen, y circunstancias que le acompañaron, constan del nuevo y viejo testamento. No me detengo á exponeros los vaticinios del Mesías, este Dios Hombre, que el Espíritu Santo puso en boca de Jacob, de Agéo, de Daniel, de Balaam, de Isaías y Moisés. Prescindo asimismo por ahora de las acciones con que los patriarcas y justos del antiguo testamento figuraron al Mesías. Baste decir, que todos los sacrificios, ceremonias, oblações, dispuestas por Dios en la ley antigua, figuraban á Jesucristo, segun el Apóstol. En el libro de la Sabiduría se dice, que el mundo entero estaba representado en la vestidura sacerdotal de Aa-

ron; y nadie duda que Melquisedech fue la figura expresa del sumo Sacerdote y supremo de los Pastores de la ley de gracia.

Por lo que hace al nuevo testamento, el mismo Jesucristo, para anunciar su resurrección, se sirvió del exemplo de Jonás, encerrado por tres dias en el vientre de una ballena, para denotar por esta alegoría, que el Hijo del Hombre resucitaria al dia tercero del sepulcro. El evangelista S. Mateo dixo, que Jesucristo habia nacido de una Virgen, llamada María, desposada con Josef. Dios habia antes declarado por un profeta, que el Mesías naceria por un tal prodigio, y el vaticinio debia cumplirse: *ecce Virgo concipiet, et pariet Filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel.* Asi lo testificó Isaias al rey Achaz, para fixarlo en la promesa del Señor. Despues se representa el infante Dios al mismo profeta en espíritu, y

clama al pueblo lleno de entusiasmo: nos ha nacido un párvulo, y se nos ha dado un Hijo: sobre sus hombros ha sido puesto el principado, y será llamado el Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz: se extenderá su imperio, y la paz no tendrá fin: ocupará el trono de David, y poseerá su reino, para afirmarlo y fortificarlo en juicio y en justicia desde ahora para siempre....

María era desposada con Josef, podrá decir algun judío incrédulo; luego no será la Madre del Mesías, que segun la expresion del profeta debe nacer de una Virgen. ¡Vano y ridículo racionio! María tenia esposo. ¿Se sigue de aqui necesariamente que no era Virgen? ¿Qué imposibilidad hay en que de mútuo consentimiento guardase continencia en el estado mismo del matrimonio? Si segun el profeta, dice un céle-

bre obispo, podia Dios hacer que una Virgen pariese; ¿qué impedimento habia para no obrar otro gran misterio baxo el velo de una alianza matrimonial? Por el contrario, esto es lo que convenia á los consejos de Dios y al órden de su sabiduria, igualmente suave que eficaz. Y si es necesario entrar en discusion, ¿seria obra conveniente á Dios dar en espectáculo á los hombres una muger inupta con su hijo, para que sirviera de escándalo á todo el mundo, de motivo á sus desprecios, y de objeto á sus calumnias? Aun quando ella estuviese cierta de su virginidad, ¿bastaria su testimonio para darle asenso? Era necesario que la revelacion de un tan gran misterio se preparase por todos los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles, antes de ser recibida con una autoridad digna de fe. Era pues un consejo digno de Dios, que el Hijo de una Virgen

naciese baxo el velo de un matrimonio, para que su nacimiento pareciera honesto, á lo menos hasta que llegase el tiempo de declararlo sobrenatural y divino.... De donde se sigue, que seria desatino mirar como incompatibles estas dos palabras: *virgen* y *casada*, en atencion á que pudiendo ser Madre esta Virgen, la conveniencia de los consejos divinos pedia se ocultase un tal misterio baxo la santidad del matrimonio. Con arreglo pues á estas verdades, la Iglesia nuestra madre, apoyada firmemente en los divinos oráculos, y dirigida siempre por el Espíritu Santo, ha declarado como dogma de fe, que María verdadera Madre de Dios, aunque desposada con Josef, fue Virgen antes del parto, en el parto y despues del parto, para poner á cubierto de los errores de Nestorio y de Vigilancio su divina Maternidad y su perpetua virginidad.

Esto es, señores, lo que únicamente nos enseña la fe acerca de la natividad del Hijo de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo en las entrañas virginales de María santísima. No seamos, os ruego, curiosos investigadores de la magestad, para no ser oprimidos de su gloria. El misterio es incomprendible y superior á nuestras cortas luces. Contentémonos pues con cautivar nuestro entendimiento en obsequio de la fe, como nos intima S. Pablo. Temamos querer penetrar los secretos del Altísimo, como los hereges de todos los siglos y los falsos filósofos de nuestros días, que idólatras de sus pensamientos, han querido con orgullo sujetarlo todo á su razón, y abandonando la religión de sus padres, han apostatado de la Iglesia católica, fuera de la cual no hay salud; y engolfados en un mar insondable de errores y delirios, arrastran la cadena de un

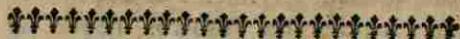
sentido réprobo, á que Dios en castigo los ha entregado.

Y si deseais saber á qué fin el Hijo de Dios se hizo Hombre, nació y vivió entre nosotros; os diré brevemente lo que el símbolo de la fe y las escrituras nos enseñan. Como por el pecado de nuestros primeros padres, en que todos incurrimos: *omnes in Adam peccaverunt*, nacemos hijos de ira: *eramus natura filii ire*, como dice el Apóstol; el Señor, por un efecto de su bondad y de su amor al género humano, envió á su Unigénito al mundo, para que redimiese al hombre, y lo librase del poder del demonio, de quien era esclavo por el pecado. Nació pues entre nosotros, vivió entre nosotros, conversó con nosotros por espacio de treinta y tres años, dándonos saludables documentos, sanando cojos y tullidos, lanzando demonios, curando ciegos, sanando enfermos, resucitando muertos, y

poniendo los primeros y eternos fundamentos de su Iglesia.

¿Qué os parece, señores, de este amor de Jesucristo? ¿Qué sería de nosotros si no hubiese venido á redimirnos? ¡Ah! esclavos de satanáas arderíamos eternamente con él en los abismos. Pero la inmensa bondad de nuestro Padre Dios envió á su Unigénito al mundo á que encendiese el fuego de su inefable caridad, para que ardiese sin cesar en el corazon de todos sus hermanos: *ignem veni mittere in terra, et quid volo, nisi ut accendatur?* ¡O si supieramos nosotros ser gratos á tanto beneficio! La lástima inconsolable es, que olvidados de sus misericordias y de nuestro propio interer y felicidad, abandonemos su doctrina y sus exemplos, caminando á paso acelerado á nuestra propia ruina. Exáminad, os ruego, vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis un testimonio auténtico de

esta verdad terrible. Y si no, decidme: ¿quién de vosotros medita en la altísima dignidad de hermano y coheredero de Jesucristo, y de hijo adoptivo de Dios, con opción á su reino inmortal, dotes que nos adquirió por medio de su encarnacion, pasion y muerte? ¿Quién le entrega en recompensa de haber derramado su preciosísima sangre por redimirle, el corazon, que es lo que únicamente le pide: *fili, præbe mihi cor tuum?* Pero de esto en la



PLÁTICA VIII.

SOBRE LA PASION, MUERTE
Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

Despues que el Verbo eterno humanado vivió y conversó con los hombres por espacio de treinta y tres años, dándoles saludables documentos, instruyéndolos en una doctrina toda celestial, y manifestándoles su divinidad con evidentes milagros, se entregó voluntariamente al poder de las tinieblas, al furor de sus enemigos, y á la justicia de su Eterno Padre, que lo habia enviado al mundo á redimir al hombre con el precio infinito de su sangre. Venido el tiempo anunciado por los profetas, su pueblo mismo, favorecido sobre todos los de la tierra, sus hermanos segun la carne,

los sabios de la ley, los pontífices y fariseos le trazaron la muerte, acusándolo calumniosamente ante el tribunal de Poncio Pilato, juez de la Judéa por el pueblo romano. Este injusto magistrado, aunque reconoció la inocencia de Jesucristo, y que solo era entregado por envidia, protestando no hallar en él causa alguna, despues de haberle aplicado la flagelacion, pena propia de los esclavos, lo condenó al fin por miedo de desagradar á los grandes, á la muerte ignominiosa de cruz.

En este artículo debemos creer principalmente tres cosas. La primera, que efectivamente padeció gravísimas injurias y tormentos, y que murió en realidad. La segunda, que murió por salvarnos y abrirnos las puertas del cielo. La tercera, que fue sepultado y descendió á los infiernos. Toda esta terrible escena y pérfido deicidio fue anunciado por el Salvador á sus discípulos. Pocos

dias antes de su pasion les dice: *hè aqui vamos á Ferusalén, donde el Hijo del Hombre será entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, que lo condenarán á muerte, y lo entregarán á los gentiles, para que le abofeteen, azo- ten y crucifiquen.*

Esta aversion á Jesucristo de los judíos de su tiempo, este conato de injuriarle, cubrirle de ignominia y darle muerte afrentosa, todo ello estaba anunciado muchos siglos antes por los profetas. El Espíritu Santo en el libro de la Sabiduria introduce á estos malvados é ingratos, meditando y escrutando el mas abominable conciliábulo contra el justo por esencia: tomemos pues, dixeron, tomemos en medio al justo, por quanto nos es inútil y contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados de la ley, y disfama contra nosotros las faltas de nuestra conducta. Protesta que él

tiene la ciencia de Dios, y se nombra Hijo de Dios. Se nos ha hecho censor de nuestros pensamientos. Nos es gravosa su vista.... Somos tenidos por él como gente vana, y se abstiene de nuestras costumbres como de inmundicias.... gloriándose que tiene á Dios por Padre. Veamos pues si son verdaderas sus palabras.... porque si es verdadero Hijo de Dios, lo protegerá y librará de las manos de sus contrarios. Probémoslo con injurias y tormentos.... para conocer su paciencia; condenémosle al fin á muerte ignominiosa. Asi lo pensaron por error, porque los tenia ciegos su malicia.

¿No son estas, os ruego, las voces injuriosas que resonaron en el Calvario, segun los evangelistas, al tiempo de la crucifixión de Jesucristo? Sálvate á ti mismo, decian unos: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Del mismo modo blasfemaban los príncipes de los sa-

cerdotes, con los escribas y fariseos. A otros salvó, decian, y no puede salvarse á sí mismo. Si es Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creerémos en él. Confió en Dios, librello ahora, si lo quiere, pues dixo: Hijo soy de Dios. ¿Qué podrá el juicio incrédulo reponer á unos oráculos tan expresos, confirmados en tiempo con los hechos? ¿Pero qué digo, si toda la vida, pasion y muerte del Salvador, con el tiempo y circunstancias que debian ocurrir, estaban ya anunciadas por los profetas, para que en ninguna época pudiera negarse la fe á la narracion de los evangelistas? Estos afirman que Jesucristo fue crucificado, horadadas sus manos y sus pies con clavos; que dividieron y sortearon sus vestiduras; que no quebrantaron sus huesos como á los dos ladrones, por estar ya muerto. Es necesario ser peregrino en las profecías, para no ver en ellas anunciadas estas

circunstancias. La muerte turpísima que se proponian los judíos, segun el Autor de la Sabiduria, dar á Jesucristo, era en aquel tiempo la de cruz, que llevaba consigo, segun la opinion comun, la maldicion del reo, como testifica S. Pablo, conforme al oráculo del capítulo 21 del Deuteronomio, que llama maldito al que pende en el leño: *maledictus à Deo est, qui pendet in ligno*. El real Profeta, trasladado en espíritu al momento de la crucifixion del Mesias, lo introduce clamando al Padre celestial: yo soy en la hora un gusano, y no hombre; oprobrio de los hombres, é irrision de la plebe: todos los que me ven se burlan de mí... Han horadado mis pies y mis manos; han numerado todos mis huesos; han dividido y sorteado mis vestiduras... ¿No es esto lo mismo que nos refieren los evangelistas en la muerte de Cristo? Por lo que hace á no

haberle quebrado las piernas al Cordero de Dios, que pendia en la cruz, estaba ya prevenido en el Éxodo, que no se quebrantase hueso alguno del cordero pascual, figura de Jesucristo.

En órden al fin de su muerte, á la cual se ofreció por su voluntad en el tiempo prescrito por su Padre, ya os he dicho arriba que fue para redimirnos del pecado, borrar con su sangre el decreto de nuestra condenacion, y abrirnos las puertas del cielo, cerradas hasta alli por la culpa. Asi nos lo enseña la Iglesia, y entre otros nos lo anunció expresamente el santo profeta Isaías: "Sí, decia, nosotros hemos visto el brazo del Señor; y subirá como renuevo delante de él, y como raiz de tierra seca. No hay belleza en él, ni hermosura; le vimos, y no tenia figura, de suerte que le desconocimos; despreciado, y el postero de los hombres, varon de dolores, y que conoce el padecer, y

como escondido su rostro y desechado, por lo que no hicimos aprecio de él. Tomó en verdad sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores, y nosotros le reputamos como leproso, herido por Dios y humillado. Mas él fue llagado por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros pecados; el castigo que debia procurarnos la paz recayó sobre él, y con su sangre fuimos sanados."

Hé aqui, señores, á Jesucristo puesto en la cruz por salvarnos. Hé aqui el estandarte de nuestra libertad. Hé aqui lo que figuraba la serpiente de metal que levantó Moisés en el desierto para que sanasen los que habian sido mordidos por las serpientes venenosas. No es esta una exposicion voluntaria, hija de mi capricho. El mismo Salvador lo expuso asi á Nicodemus. Como Moisés, le dixo, levantó la serpiente en el desierto, así conviene sea exál-

tado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él (con fe viva) no perezca, sino que alcance la vida eterna; pues luego que yo sea exáltado sobre la tierra, traeré á mí todas las cosas. Hé aqui en fin á Jesucristo triunfando por su muerte de todos sus enemigos, vengada la gloria del Padre, redimido el linage humano, y borrado el decreto de nuestra condenacion.

Con el motivo de la fiesta de pascua, habia venido á Jerusalén un senador rico de la ciudad de Arimatea, llamado Josef. Éste pidió á Pilatos el cuerpo sagrado de Jesus para darle sepultura, porque iba ya á empezar la solemnidad del sábado. Informado Pilatos que estaba muerto, lo concedió. Nicodemus, discípulo oculto, le acompañó. Dióle cien libras de mirra y de aloes para embalsamar el cuerpo, y lo enterró en un sepulcro nuevo, cerca del lugar donde habia sido crucifi-

cado, y poniendo una gran piedra sobre la entrada del monumento, se retiró.

La muerte pues y sepultura de Jesucristo fue verdadera, y no fantástica, como soñaron algunos hereges, cuyo error grosero condenó al punto la Iglesia. Hubo por consiguiente real y verdadera separacion de alma y cuerpo, en la cual consiste la muerte. Pero notad lo que la fe nos enseña acerca de la de Jesucristo. Como lo que el Verbo divino una vez tomó jamas lo dexó, y se unió hipostáticamente al cuerpo y alma del Hombre Dios, la divinidad jamas se apartó del cuerpo ni del alma. Al cuerpo permaneció unida en el sepulcro, y con el alma descendió á los infiernos, segun la expresion del símbolo.

Avivad aquí vuestra fe para entender y reverenciar la expresion del símbolo: que Jesucristo descendió á los infiernos.

No contento ni satisfecho el amor de Jesucristo con haber amado á los hombres hasta morir por ellos, quiso amarlos hasta el fin. Habiendo ya remediado á los que acá quedaban con el precio infinito de su sangre, trató de remediar algunos de los que habian ya pasado de esta vida, y estaban encarcelados en una prision, de donde no podian salir sino por medio de la pasion y muerte del Mesías, en fuerza de los eternos decretos. Inmediatamente pues que espiró sobre la cruz, baxó su santísima alma, acompañada de la divinidad, á los infiernos. Tres lugares de aficcion y subterráneos pueden entenderse por la expresion *infiernos*. El mas profundo, y donde no hay redencion, es el de los condenados; esto es, de los que mueren en culpa mortal. El segundo infierno, menos profundo, pero muy terrible, es el lugar donde van las almas de los que mueren en gracia

de Dios, pero sin haber expiado en vida las culpas veniales, ó el reato de pena temporal que corresponde á cada culpa, aun perdonada la eterna por el sacramento de la reconciliacion; cuyo infierno ó receptáculo se llama purgatorio, de cuya cárcel no pueden salir sin haber antes satisfecho hasta el último cuadrante, ó por medio de su padecer ó de nuestros sufragios, conforme al espíritu de la Iglesia.

El tercer infierno, y mas próximo al parecer á la superficie de la tierra, es el que se llamaba limbo de los padres. En él estuvieron detenidos los patriarcas, los profetas y demas justos de la ley natural y escrita, que habian muerto en gracia y amistad de Dios, sin mancha ni reato alguno que purificar, y las almas que habian ya expiado sus fragilidades y penas temporales en el purgatorio. Todos estos justos esperaban con ansia la

venida del Mesías y la redención de Israel, para gozar la corona que les estaba prometida. A este seno baxó Jesucristo; esto es, su alma juntamente con la divinidad, que le estaba íntimamente unida, para consolar á estos justos y hacerlos participantes del reino inmortal que les habia reconquistado con el precio infinito de su sangre.

Prescindo por ahora del limbo de los niños que mueren sin bautismo y sin pecado personal ó actual, por no haber llegado al uso de la razón, sobre cuya existencia varían los doctores de la Iglesia. Ésta no ha hablado aún sobre la materia, y cuando se trata de dogmas de fe, es importuno y arriesgado mezclar cosas opinables. Por lo que hace al infierno de los condenados, donde no hay ni habrá redención, no descendió Cristo en persona, sino en virtud y terrible efecto, reprendiendo la soberbia de los demonios, la

incredulidad de los infieles y la malicia de los fieles, que habian muerto en culpa mortal, abusando de los remedios que les habia dado para salvarse. Al purgatorio aunque no descendió en persona Jesucristo, llegó á lo menos en su virtud y efectos, dándoles la consolacion, que cuando estuviesen del todo purificadas las almas de sus tachas y reato, tenian ya las puertas del cielo expeditas para gozar de Dios eternamente. Mas aunque algunos doctores dicen, que en este día de su triunfo sacó el Salvador algunas almas del purgatorio, no es de fe, y solo puede pensarse piadosamente. Mientras el alma de Cristo descendió en el modo dicho á los infernos, el cuerpo sacrosanto permaneció unido á la divinidad en el sepulcro hasta el tiempo prefinido de su resurreccion, anunciada por los profetas y por el mismo Jesucristo. Pero de esto en la



PLÁTICA IX.

SOBRE LA GLORIOSA RESURRECCION
DE JESUCRISTO.

La cruz en que murió el Salvador, dice el Apóstol, vino á ser un asunto de escándalo para los judíos, que miraban como impiedad que el Mesías fuese condenado á un suplicio tan ignominioso. Los gentiles al principio la miraban como una insensatez y una locura; juzgando por necesidad adorar á un hombre, á quien los sacerdotes y escribas de su nacion habian hecho morir en un suplicio vergonzoso, y en medio de dos ladrones, como sus discípulos mismos confesaban. Pero por mas ignominiosa que consideren la muerte del Salvador, mas gloriosa debe representárseles su resurreccion.

“Ésta, dice un sabio apologista, fue de un género totalmente diverso de la del jóven de Naim y la de Lázaro. Éstas y otras muchas se obraron por una voz extraña, que tenia derecho de dominio sobre la vida y la muerte. Mas cuando Jesucristo salió del sepulcro ninguna mano agena, ninguna voz sensible vino en su socorro. Él mismo resucitó por su propia virtud; es decir, por la de Dios, que en él habitaba, y esto al tercero dia, como lo habia anunciado por sí y por sus profetas.”
¿Qué excusa podrá alegar para su incredulidad el judío, que tiene á su vista y cree el antiguo testamento, donde con tanta claridad está anunciada la resurreccion del Mesías, despues de haber muerto ignominiosamente para la redencion de Israel? Oid algunos de estos testimonios irrefragables.
“Con mi voz, dixo el Señor por David, con mi voz clamé al Altí-

simo, y me oyó desde su monte santo. Yo me dormí, estando como soporado por algun tiempo, y me levanté, porque el Señor me amparó.... Mi corazón se alegró, y se regocijó mi lengua, y mi carne además reposará en esperanza, porque no dexarás mi ánima en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea la corrupción. Me has hecho conocer los caminos de la vida: me colmarás de alegría con tu rostro; y gustaré eternamente de las delicias de tu diestra.... Vos sacaste del infierno mi ánima: me salvaste de los que descienden al lago.... Mis enemigos decretaron la injusticia contra mí. Dixerón: ¿el que duerme no podrá levantar? Pero tú, Señor, ten misericordia de mí, resucítame, y les daré su merecido. ¡Cuántas tribulaciones me han hecho probar! Mas vuelto á mí, me has dado vida, y me has sacado otra vez de los abismos de la tierra...." ¿Puede

esto por ventura aplicarse á David en un sentido genuino?

Oid ahora á Isaías: "en este monte, dice, deshará la faz del lazo atado sobre todos los pueblos, y la tela que urdió (el pecado original y los actuales) sobre todas las naciones. Despeñará á la muerte para siempre. A lo cual alude San Pablo cuando dice, que la victoria (de Jesucristo) absorvió á la muerte (eterna por el pecado). Enxugará el Señor, sigue el profeta, las lágrimas de todo rostro, y quitará de toda la tierra el oprobrio de su pueblo, porque el Señor lo dixo, y dirá en aquel día: mira que este es nuestro Dios: lo hemos esperado, y nos salvará: este es el Señor, lo hemos aguardado con paciencia, nos gozaremos, y nos alegraremos en su salud."

¿Hubiera el Mesías muerto sobre la cruz, destruido para siempre la muerte de nuestras almas, si no hu-

biese resucitado glorioso, para asegurarnos, dice un sabio, que algun día resucitaríamos nosotros semejantes á él? ¿Cómo sabríamos que triunfó de la muerte, si se hubiera convertido en pasto de gusanos y en polvo del sepulcro? El profeta no dexa duda alguna sobre la aplicacion de estas palabras á Jesucristo. "Él es á quien el mundo esperó por espacio de cuatro mil años: él es el que venció la muerte y el infierno sobre el monte de Jerusalén ó Calvario: él quebró las cadenas y rompió las redes que nos detenian cautivos baxo el imperio del demonio: él es á quien todas las naciones reconocieron por su Dios: el que enxugó las lágrimas y borró el oprobrio que las humillaba; él finalmente es quien los colmó de alegría, por la salud, la gracia y la adopcion que les procuró." Con respecto á estos altísimos fines había anunciado el mismo profeta, que el

sepulcro del Mesias seria glorioso: *et erit sepulchrum ejus gloriosum.*

Estas mismas ventajas promete el Señor á los verdaderos israelitas por su profeta Oseas. Se apresurarán, dice, á recurrir á su Dios en el exceso de su afliccion. Él, dirán, nos castigó y nos sanará; herirá y nos curará. Nos dará la vida despues de dos dias; al tercero dia nos resucitará, y viviremos en su presencia. Yo los libraré del poder de la muerte, añade el mismo profeta. Yo los redimiré de la muerte (eterna). ¡O muerte! yo seré tu muerte. ¡O infierno! yo seré tu ruina. La muerte pues del Salvador con la resurreccion absorvieron la muerte eterna que nos esperaba, y arruinaron el imperio de satanáas. En efecto por la resurreccion debia hacerse el discernimiento de los electos y de los réprobos.

Oigamos hablar al Señor por su profeta Sofonías. *Espérame*, dice,

en el día venidero de mi resurrección, porque mi determinación es recoger las naciones y reunir los reinos. Derramaré sobre ellos mi indignación... porque el fuego de mi zelo devorará toda la tierra. Porque entonces daré á los pueblos labio escogido, para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan baxo el mismo yugo. Este discernimiento que ha de consumarse el día de la resurrección universal empezó á manifestarse poco despues de la resurrección de Jesucristo. Entonces, como reflexiona un sabio, vimos permanecer á unos baxo el anatema de las tinieblas, de la impiedad y de la corrupción, que atraian la indignación del cielo. Vimos á otros, que abandonaron el culto figurativo de Moisés, ó el que daban á los falsos dioses, mirando con horror los vicios con que se les honraba. Vimos al mismo tiempo á los nuevos cristianos, que abrazaron con zelo el

culto y el yugo del Señor, que á toda costa se gloriaban de la religion, mirando como sus delicias la virtud, y exponiendo voluntariamente su vida en defensa del resucitado.

“Aunque estos oráculos, dice San Agustin, estaban llenos de obscuridades cuando los proferian los profetas, por estar aún remoto su cumplimiento; ¿quién no ve ya que todo está consumado? Leed las escrituras, si quereis saber lo que encierran. Leed lo escrito sobre toda la faz del universo, si quereis ver la verdad. Para leer en los sagrados libros, es menester ser instruidos; pero el mas simple ó ignorante de los hombres puede ver cumplidos los oráculos y leerlos en el libro del universo: *liber tibi sit orbis terrarum, ut hæc videas.*”

Mas si los oráculos del viejo testamento sobre la resurrección del Salvador os parecen aún oscuros,

escuchad los del nuevo, que son bien claros. Habiendo los escribas y fariseos pedido á Jesucristo un milagro que acreditase su conducta, les dice: *esta generacion mala y adúltera quiere ver un prodigio; pero no se le concederá otro que el del profeta Jonás; porque al modo que Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así tambien el Hijo del Hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra.... Y hé aqui es mas que Jonás.* Hablando en otra ocasion del templo de su cuerpo, como consta del evangelio, dixo Jesus á los judíos: destruid este templo, y dentro de tres dias lo reedificaré. Expresion figurada y emblemática, con que quiso significar su muerte y su resurreccion al tercero dia: *solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.... Ille autem dicebat de templo corporis sui: cuya alegoría no entendieron los discipu-*

los hasta que resucitó su Maestro; y los judíos entendiendo las palabras segun la corteza, por el templo de Jerusalén, formaron de ellas una acusacion contra el Salvador ante el tribunal de Caifás.

Tan irrefragables son las pruebas de la resurreccion de Jesucristo, que no se han atrevido á negarla ni aun los mismos arrianos; porque ademas de los testimonios alegados, hay tal número de testigos presenciales, que conversaron con el Salvador resucitado, que se degradaría de racional el que osase negar el suceso. Solo los judíos, resistiendo á la evidencia de los hechos, han osado negar este misterio, tantas veces anunciado por sus profetas. Exemplo infeliz, que han adoptado los incrédulos de nuestros dias, por oponerse á todo lo que es religion y culto. Como hablo á un pueblo católico, que abriga en su mente y en su corazon la fe de sus pa-

dres, me creo dispensado por ahora de hacer la apología de estas verdades, y rebatir los paralogismos y delirios de estos falsos críticos, ignominia del género humano, como segun mi debilidad lo he manifestado en algunas de mis obras anteriores.

Baste por ahora no perder de vista el testimonio de S. Pablo á los corintios. "Desde el principio, les dice, os enseñé lo mismo que habia aprendido; que Cristo murió por nuestros pecados, segun las escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercero dia, segun las escrituras; y que se apareció á Cephas, y despues de esto á los once (apóstoles). Despues fue visto por mas de quinientos hermanos, estando juntos; de los cuales aún hoy dia viven muchos, y otros son ya muertos: despues apareció á Santiago, y luego á todos los apóstoles; y al postrero de todos, como á un aborto, me

apareció tambien á mí, porque yo soy el menor de los apóstoles, porque no soy digno de ser llamado apóstol, por haber perseguido la Iglesia de Dios... Y si se predica que Cristo resucitó, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurreccion de muertos? Pues si no hay resurreccion de muertos, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicacion, y tambien es vana vuestra fe. Y si somos asimismo hallados por falsos testigos de Dios, porque dimos testimonio contra Dios, diciendo que resucitó á Cristo, al cual no resucitó, si los muertos no resucitan; porque si los muertos no resucitan, ni Cristo resucitó; pues si Cristo no resucitó, es vana vuestra fe, y estais aún sumergidos en vuestros pecados; luego tambien perecieron los que durmieron en Cristo; si solo pues en esta vida esperamos en Cristo, somos los mas miserables

de todos los hombres. Mas ahora Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que dormian, porque por el hombre entró la muerte, y por el hombre la resurrección de los muertos; pues como todos mueren en Adán, así tambien serán todos vivificados en Cristo."

¿Es raciocinio éste, dice un sabio apologista, de un ingenio débil, crédulo, y capaz de ser seducido á la primera insinuacion de los apóstoles, y pasar súbitamente de un extremo á otro opuesto en materia de religion? ¿Permiten los escritos ni la conducta de S. Pablo, que se le atribuya esta debilidad? ¡Ah! su espíritu recto, sólido, agudo y penetrante nos hace admirar en su persona un hombre, á quien la luz del cielo y la evidencia de los hechos han obligado á rendirse; un hombre, que ha creído la resurrección de Jesucristo, porque ha visto en él todos los caracteres del Mesías,

cuya muerte y resurrección habian anunciado los profetas; porque se ha manifestado á mas de quinientos testigos en diferentes ocasiones, y aun á él mismo, con todas las demas razones irrefragables que incluye en su discurso. Es pues inegable que nuestro Redentor resucitó por su propia virtud al tercero día de entre los muertos, como primogénito de ellos, que conversó despues con sus discípulos, hablándoles del reino de Dios, de la gerarquía y economía de su Iglesia, zanjándola sobre unos fundamentos tan sólidos é inexpugnables, que prevalecerán hasta el fin de los siglos contra todas las potestades del infierno. Concluida su mision sobre la tierra, nos enseña el símbolo, que subió á los cielos á sentarse á la diestra de su Padre. Pero de este misterio en la siguiente



PLÁTICA X.

SOBRE LA ADMIRABLE ASCENSION
DEL SEÑOR.

Concluida por Jesucristo la obra de la redencion del hombre por medio de su pasion y muerte, estaba en el órden de los decretos divinos subiese á dar cuenta al Padre que lo habia enviado, del cumplimiento de su mision, y á gozar de la gloria que habia adquirido en cuanto Hombre. A esto se reduce el presente artículo. Acerca de lo cual pueden ocurrir á nuestra imaginacion tres cosas. La primera: ¿cómo subió á los cielos? La segunda: ¿á qué fin subió? La tercera: ¿qué lugar ocupó? Expongamos estos tres puntos para inteligencia del misterio y consuelo de nuestra peregrinacion.

En primer lugar, para entender cómo subió Jesucristo á los cielos, tengamos presente lo que sobre este punto nos dice la sagrada escritura. Esta nos enseña, que resucitado el Señor, permaneció por espacio de cuarenta dias sobre la tierra, manifestándose varias veces á sus apóstoles, instruyéndolos en lo que debian hacer para la conversion del mundo, y que el último de estos cuarenta dias, habiéndolos juntado con sus discípulos y su santísima Madre, viéndolo todos, se elevó por sí mismo; una nube lo envolvió y ocultó á la vista de todos. Subió pues á los cielos por su propia virtud, sin necesitar de apoyo alguno. Es verdad que subía acompañado de innumerable multitud de ángeles y de las almas dichosas que habia sacado del limbo. Pero todo este aparato servia únicamente de hacerle corte, y celebrar el triunfo que acababa de conseguir de sus ene-

migos. Ni esto es de extrañar, porque estando su cuerpo unido á la divinidad, el que aún viviendo en carne mortal, á pesar de la gravedad de su cuerpo, pudo sostenerse por sí mismo para andar sin entivo por el mar; mucho mas fácil le era hacer que subiese por los aires su cuerpo sutil ya y glorificado. Sea esto dicho para nuestra ruda inteligencia; pues para Jesucristo todo le era igualmente fácil, sin que en tiempo alguno le podamos desnudar del atributo de Omnipotente.

Al ver á Jesucristo triunfante, introduce Isaías á los ángeles clamando, segun los padres: ¿quién es este que viene de Edom y de Bosra (capital de Idumea), teñidos sus vestidos de sangre? ¿Quién es este hermoso, adornado con su estola, que marcha con tanta fortaleza? ¡Ah! Yo soy, responde, el que obro en justicia, y el Salvador del género humano. Abrid pues, ó

príncipes, las puertas, les dice por David, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? dicen. El Señor de las virtudes, repone el real Profeta, es el Rey de la gloria. No quiso David decir con esto, que fuese necesario que los ángeles abriesen las puertas del cielo para que entrara Jesucristo. Bien sabia que el Señor debía penetrarlas, sin que nadie las abriese. Mas describe esta gloriosa entrada al modo humano, dicen los padres, para enseñarnos que las puertas del cielo, desde el pecado de nuestros primeros padres, en que todos incurrimos, hasta aquel momento, habian estado cerradas, hasta que las penetrase el primogénito de los muertos y el primero de los vivos. Tampoco ignoraban los ángeles quién fuese este Rey de la gloria, su Criador, su Dios y su Señor, en cuya natividad temporal habian cantado la gloria y la

paz á los hombres, á quien habian suministrado alimento en el desierto, á quien habian acompañado durante su vida, á quien habian confortado en la agonía &c. Esta pregunta pues se dirige únicamente á excitar nuestra atencion, á confirmar nuestra fe, á estimular nuestra gratitud á las misericordias del Señor y encendernos en su amor.

II. Ni debeis perder de vista el fin para qué subió Jesucristo á los cielos. S. Pablo dice, que el Salvador se humilló á sí mismo, obediente hasta la muerte afrentosa de una cruz; por lo cual Dios lo exáltó, y le dió un nombre superior á todo nombre, para que en el nombre de Jesus hincen todos las rodillas, en el cielo, en la tierra, en los infiernos, y que confiesen todos, que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Ni olvideis que el mismo Salvador, despues de haber resucitado dixo á sus discipu-

los: ¿por ventura no convino que Cristo padeciese todos estos tormentos, para entrar asi en su gloria?

Todo esto es de fe. Pero no fue este el único fin de su ascension. Subió no solamente para su gloria, sino al mismo tiempo para nuestro bien. Subió á las alturas, é hizo mercedes al linage humano. El mismo Señor habia dicho á sus discípulos: os conviene que yo me vaya, porque si no fuere, el Paraclíto no vendria sobre vosotros; pero si me voy, os lo enviaré.... Cuando venga aquel Espíritu de verdad os enseñará toda verdad.... y os anunciará las cosas futuras. El cumplimiento exácto de esta promesa se verificó el dia de Pentecostés, en que el Espíritu Santo descendió en lenguas de fuego sobre los apóstoles y discípulos, que estaban todos congregados.

¿Qué adorables son, señores, las misericordias de nuestro divino Re-

dentor! No contento con haber deramado su sangre por rescatarnos del pecado, nos envia otro Consolador, para que con su gracia y dones confirme nuestra fe, solide nuestra esperanza é inflame nuestra caridad, alma y nervio del cristianismo. Y para apartar de ellos, que nos representaban á los demas fieles, toda especie de tristeza por su ausencia, les dice: mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos: *ecce Ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi*. Así lo verificó quedándose entre nosotros en el augusto Sacramento de nuestros altares; y no solo esto, sino que desde el momento de su gloriosa ascension intercedió por nosotros ante su Padre celestial; pues como dice S. Juan á sus discípulos: hijos míos, si alguno pecare, no desconfie, porque tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo; y S. Bernardo

añade, que muestra al Padre sus llagas, para manifestarle que de órden suya las recibió para redimirnos. Alabada sea, ó mi Dios, vuestra misericordia.

III. En órden al lugar que Jesucristo ocupa desde su ascension al cielo, nos enseña la fe, que está sentado á la diestra de Dios Padre. Sobre cuya inteligencia debeis notar, que Dios, espíritu purísimo, ni tiene manos, ni pies, ni cuerpo, ni cosa alguna material; que su inmensidad, sin ocupar lugar, todo lo llena; que en todas partes se halla su divinidad por esencia, presencia y potencia, y que en Dios nos movemos, vivimos y somos. Sin embargo el real Profeta dice, que el sólio del Señor está en el cielo: *Dominus in celo sedes ejus*; ya sea porque el cielo es la parte superior y mas hermosa del globo, ó ya porque allí se manifiesta á los ángeles y bienaventurados. Dicese que está sen-

tado á la diestra de Dios Padre, para darnos á entender, que ademas de la gloria esencial que corresponde á su divinidad, posee la mayor en cuanto Hombre, como primogénito de los predestinados; y en calidad de Redentor, la posee superior á la de los ángeles y de los hombres. Dícese que está sentado á la diestra de Dios Padre, porque el mismo Jesucristo dixo á sus discípulos, que se le habia dado toda potestad en el cielo y sobre la tierra. Dícese en fin, que está sentado á la diestra de Dios Padre, porque desde el cielo, que es su sólio, ha de venir al fin de los siglos á juzgar á los vivos y á los muertos.

Esto será al fin del mundo; y en el momento terrible, en que segun el Apóstol, debemos comparecer todos ante el tribunal de Jesucristo á dar razon y cuenta de todas nuestras obras buenas ó malas, y aun de nuestros mas ocultos é íntimos

pensamientos, para recibir en cuerpo y alma el premio ó castigo eterno que háyamos merecido. Fallo inevitable y sin apelacion, dado por el Supremo de los jueces, infalible é inexorable en aquel momento. De esta suerte acreditará, que es remunerador del bien y del mal, juez íntegro, sin acepcion de personas, y esto á presencia de todo el mundo, para justificar su causa.

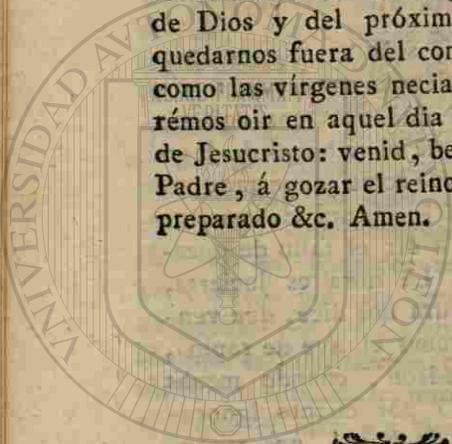
Notad de paso, que aunque todas las obras *ad extra*, como se explican los teólogos, y la autoridad de juzgar, convengan igualmente á toda la beatísima Trinidad, el juicio sin embargo se atribuye al Hijo, por el cual crió Dios todo el mundo; y así nos dixo por S. Juan: el Padre á la verdad á nadie juzga, sino que dió todo el juicio al Hijo: *neque enim Pater judicat quemquam, sed omne judicium dedit Filio*. Mas como el Hijo de Dios tiene dos naturalezas; á saber, la divina y la hu-

mana, resta saber, si la autoridad de juzgar se le atribuye en cuanto Dios ó en cuanto Hombre. Acerca de lo cual nos dice el evangelista S. Juan: dió el Padre poder al Hijo para juzgar, porque es (sin dexar de ser Dios) Hijo del Hombre: *potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius Hominis est.* Acerca de lo cual dan los doctores la razon siguiente: como muchos de los que han de ser juzgados son reos de pena eterna por sus graves culpas, no pueden ver á Dios en su esencia, lo que es únicamente concedido á los bienaventurados, será conveniente; que el juez sea visible á todos, y no todos pueden ver la divinidad, en que consiste la bienaventuranza. Además, Jesucristo dice: no os maravilleis de que os dixe, que el Hijo del Hombre ha de juzgar al mundo; porque en el juicio han de comparecer todos en cuerpo y alma; y pues el juicio ha de ser

corporal y sensible, conviene que el juez sea tal, que todos puedan verle con los ojos corporales, y oír su voz.

Resta solo, señores, que nos preparemos en tiempo para este terrible dia, en que debemos comparecer todos ante el tribunal de Jesucristo, no ya como expectadores, sino para darle cuenta de nuestra conducta, y á oír el fallo de nuestra sentencia. La hora es incierta, pues la escritura nos dice, que vendrá el juez como el ave de rapiña, ó como el ladron, cuando menos lo pensemos. Y por quanto ignoramos el dia y la hora, nos reconviene el Señor que velemos y oremos por nuestra salvacion, para no ser sorprendidos. Nuestro destino desde aquella hora ha de ser eterno. Mientras tenemos pues tiempo, á que está anexo el precio de la eternidad, aprovechémoslo, y redimamos el perdido. Preparemos las lámparas

de nuestro corazon; es decir, la fe, la esperanza y la caridad: encendámoslas con el fuego del amor de Dios y del próximo, para no quedarnos fuera del convite eterno, como las vírgenes necias. Asi logremos oír en aquel día la dulce voz de Jesucristo: venid, benditos de mi Padre, á gozar el reino que os está preparado &c. Amen.

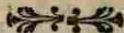
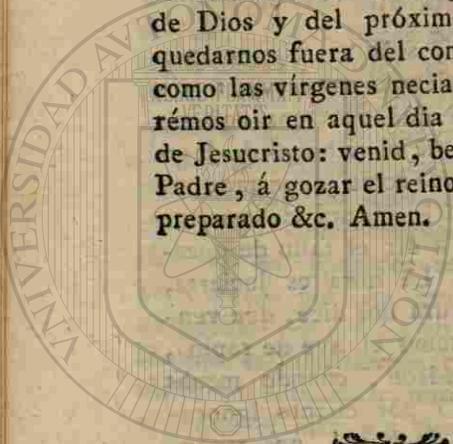


PLÁTICA XI.

SOBRE ESTAS PALABRAS DEL SÍMBOLO:
CREO EN EL ESPÍRITU SANTO.

Acerca de este artículo fundamental de nuestra religion, inefable é incomprehensible por sí mismo, ante todas cosas debemos humillar nuestras luces, y cautivar nuestro entendimiento, sin querer escrutar la Magestad, ni profundizar sus secretos, para no ser oprimidos de su gloria, como muchos infelices, que queriendo sujetarlo todo á la debilidad de su razon, han apostatado de la fe de sus padres, negando la divinidad del Espíritu Santo. Bástanos pues creer, apoyados en las escrituras, en la tradicion y decisiones de la Iglesia, que el Espíritu Santo es la tercera Persona de

de nuestro corazon; es decir, la fe, la esperanza y la caridad: encendámoslas con el fuego del amor de Dios y del próximo, para no quedarnos fuera del convite eterno, como las vírgenes necias. Asi logremos oír en aquel día la dulce voz de Jesucristo: venid, benditos de mi Padre, á gozar el reino que os está preparado &c. Amen.



PLÁTICA XL

SOBRE ESTAS PALABRAS DEL SÍMBOLO:
CREO EN EL ESPÍRITU SANTO.

Acerca de este artículo fundamental de nuestra religion, inefable é incomprehensible por sí mismo, ante todas cosas debemos humillar nuestras luces, y cautivar nuestro entendimiento, sin querer escrutar la Magestad, ni profundizar sus secretos, para no ser oprimidos de su gloria, como muchos infelices, que queriendo sujetarlo todo á la debilidad de su razon, han apostatado de la fe de sus padres, negando la divinidad del Espíritu Santo. Bástanos pues creer, apoyados en las escrituras, en la tradicion y decisiones de la Iglesia, que el Espíritu Santo es la tercera Persona de

la Trinidad beatísima, en todo igual y consubstancial al Padre y al Hijo, y único Dios con el Padre y el Hijo, de quienes procede, en unidad de esencia y trinidad de Personas. El antiguo y nuevo testamento estan de acuerdo sobre esta verdad dogmática.

El Espíritu del Señor, dice David, ha hablado por mí, y mi lengua anuncia su palabra: el Dios de Israel me ha dicho: el Fuerte de Israel ha hablado. Isaías, hablando del Dios de los ejércitos, afirma que recibió este orden: anda y di á este pueblo: oid los que teneis oído, y no entendais; sobre cuyo oráculo dice el Apóstol, bien dixo el Espíritu Santo por boca de Isaías: ve y di á este pueblo: oireis con los oídos, y no entenderéis &c. El mismo Apóstol dice, que estando juntos todos los demas en oracion con María, Madre de Jesus, se levantó Pedro en medio de sus her-

manos, y á presencia de una multitud como de ciento y veinte hombres les dixo: hermanos, conviene se cumpla la escritura, que predixo el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas, que fue el conductor de los que prendieron á Jesus... En cuyos pasages, para omitir otros, lo mismo se entiende por *Dios* que por *Espíritu Santo*.

Por lo que hace al nuevo testamento nos anuncia claramente la divinidad de esta tercera Persona. Al despedirse Jesucristo de sus apóstoles para subir al cielo, les dixo, segun S. Mateo: háseme dado toda potestad en el cielo y en la tierra; id pues, é instruid á todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. El apóstol S. Juan nos dice en su primera epístola: tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo, y estos tres son una cosa misma.

Ademas S. Pedro reprehendiendo á Ananías , le dixo: porque te has dexado vencer tu corazon de la tentacion de sataná, mintiendo al Espíritu Santo.... No has mentido á los hombres , sino á Dios. Oid en fin á San Pablo : vosotros , dice á los corintios, habeis sido purificados, santificados y justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios.

Omito muchos otros lugares de la santa escritura , que testifican la divinidad del Espíritu Santo. Prescindo asimismo del testimonio expreso de los padres S. Justino , Atenágoras , Ireneo , Clemente , Cipriano, Ambrosio, Gerónimo, Augustino &c. &c., depositarios de la tradicion y fe de la Iglesia por todos los siglos. Yo bien sé que los basilidianos y macedonianos en el siglo iv osaron negar la divina Persona del Espíritu Santo , cuyo error impugnaron los padres , y condenó la Iglesia. Ni se

me oculta que los griegos de la media edad , sostenidos por Focio y algunos emperadores de Constantinopla, apostataron de la Iglesia, negando este dogma. Pero esta madre infalible ha defendido siempre á su director y conservador , anatematizando á sus enemigos , y enseñando á sus verdaderos hijos á que crean en el Espíritu Santo, como en tercera Persona de la beatísima Trinidad: Persona , repito , que procede eterna y esencialmente del Padre y del Hijo eterno , y que juntamente con el Padre y el Hijo debe ser adorado y glorificado , como un solo Dios , en unidad de esencia y trinidad de Personas.

Como no trato ahora de defender la religion de nuestros padres contra sus enemigos , sino de enseñarla á los verdaderos hijos de la Iglesia , me contento con lo expuesto sobre este artículo. Pues lo dicho basta para que crean que el Padre

es el origen de las divinas Personas, que por toda la eternidad engendra al Hijo de su propia substancia, y que del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo, en todo igual y consubstancial á los dos. Y aunque el Padre por nadie sea producido; no por esto es anterior á las otras dos Personas; porque el Padre no estuvo un instante sin conocerse á sí mismo, y sin engendrar al Hijo, ni el Hijo y el Padre estuvieron un momento sin amarse, que es en lo que consiste por toda la eternidad la procesion del Espíritu Santo, como S. Agustín expone en uno de sus sermones. Aunque este misterio no pueda hacerse sensible por medio de alguna comparacion, porque entre Dios y los hombres no puede haber relaciones que no sean infinitamente distantes, sin embargo los doctores usan sobre este punto de una comparacion, que puede en cierto modo ayudar al en-

tendimiento. La luz, por exemplo, es producida por el sol, y no obstante que el sol es el principio de la luz, la luz es tan antigua como el sol, porque el sol no puede subsistir un solo instante sin brillar, y de su resplandor procede la luz y el calor. Esta comparacion da muy bien á entender, dice un sabio catequista, que hay muchas cosas en la naturaleza, que son tan antiguas como el principio natural que las produce. Pero la comparacion no descubre las demas relaciones de las Personas divinas entre sí, como dice S. Agustín. Concluyamos pues adorando lo que en sí es incompreensible, é invoquemos de corazon á este divino Espíritu, para que se digne comunicarnos sus dones, y una gracia y perseverancia final, que nos haga dignos de gozarle con el Padre y el Hijo por los siglos de los siglos. Amen.



PLÁTICA XII.

CREO LA SANTA IGLESIA CATÓLICA,
APOSTÓLICA.

Iglesia en general es una junta ó ayuntamiento de gentes. David dice, que aborrece la iglesia de los malévolos. *Odivi ecclesiam malignantium*; y añade, que alabará á Dios en las iglesias de los justos. Moisés dice, que el que no fuere purificado segun la ley, perecerá de en medio de la iglesia ó asamblea; *de medio ecclesiae*. Mas entre nosotros la palabra *iglesia* tiene una significacion, que le es propia y peculiar. Decimos pues que es la congregacion de todos los fieles que creen en Jesucristo, que tienen su fe, su ley, sus sacramentos, y de ésta únicamente vamos á hablar.

Como no correspondia á los designios de Dios que Jesucristo estuviese siempre personalmente y visible en el mundo para hacer observar sus leyes, estableció la divina Sabiduría, ingeniosa en sus misericordias á favor del hombre, un nuevo orden, segun el cual formó Jesucristo un cuerpo moral de todos los que creyesen en él, sus misterios, sus sacramentos y doctrina, en medio de los cuales, aunque elevado ya al cielo, estaria hasta el fin del mundo. A este cuerpo místico determinó gobernar por su poder, animándolo por su gracia, é instruyéndolo por su divino Espíritu. En este cuerpo ó iglesia dexó ministros que lo representasen con la debida subordinacion, dexándoles el sagrado depósito de doctrina, y confirniéndoles su autoridad.

Un tan singular establecimiento está fundado sobre las expresas palabras de Jesucristo, la verdad por

esencia. S. Pedro fue el primero á quien hizo la promesa, y en premio de su fe le dió el mas alto grado en la gerarquía que iba á establecer sobre la tierra. Esto fue en ocasion, que ilustrado por Dios el apóstol, confesó que Jesucristo era Hijo de Dios vivo. A esta sincera confesion repuso el Señor: *bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en el cielo: y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Esta Iglesia en consecuencia debia ser dotada con una autoridad y potestad absoluta en su línea, y elevada sobre todos los tronos del mundo, para que su doctrina y sus leyes fuesen respetadas, como emanadas directamente del cielo. Esto prueban las palabras de Jesucristo

á sus apóstoles, á quienes dexaba por sus apoderados y representantes sobre la tierra, cuando les dixo: el que os oye, me oye; el que os desprecia, me desprecia; y el que me desprecia, desprecia al que me envió.... Si tu hermano pecare contra ti, añade el Señor, vé y corrígelo entre ti y él solo. Si te oyere, ganado habrás á tu hermano; y si no te oyere, toma aún contigo uno ó dos, para que por boca de dos ó tres testigos conste toda palabra; y si no los oyere, dílo á la Iglesia: *dic Ecclesie*; y si no oyere á la Iglesia, tenlo como un gentíl y un publicano. En verdad os digo, que todo aquello que ligáreis sobre la tierra será tambien ligado en el cielo; y todo aquello que desatáreis sobre la tierra será tambien desatado en el cielo....

Esta absoluta potestad espiritual de la Iglesia está acompañada de la infalibilidad de sus juicios y de-

cisiones ; porque dirigida por el Espíritu Santo, debe permanecer siempre con la pureza primitiva de su fe y de su moral. Así lo prometió Jesucristo á sus apóstoles: yo rogaré á mi Padre, les dixo, y os dará otro Consolador, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de verdad, que no puede recibir el mundo, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros. No os dexaré huérfanos.... El Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os acordará todo aquello que yo os dixere.... Él os enseñará toda verdad... y os anunciará las cosas por venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo que es mio, y os lo enseñará. Son pues ciertas é infalibles las decisiones de la Iglesia, como presididas y dirigidas por el Espíritu de verdad, que ni puede engañarse, ni engañarnos. A este

fin ha colocado en ella apóstoles, profetas, pastores y doctores, á quienes ha confiado el sagrado depósito de su doctrina, asistiéndoles de propósito para que la enseñen en toda su pureza á los demas.

Jesucristo dotó á su Iglesia de unos caractéres que la hicieron demasiado visible, para dexar de ser conocida. Vosotros, dixo á sus apóstoles, vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte; ni se enciende una antorcha, para ponerla debaxo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre á todos los que estan en la casa. Tal es el destino de la Iglesia ó casa de Dios. De ella habla expresamente el Apóstol á su discípulo Timóteo: "te escribo estas cosas, le dice, esperando que en breve pasaré á verte... para que sepas cómo has de portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna

y firmamento de la verdad." A esto mismo alude Jesucristo cuando dixo al Príncipe de los apóstoles: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Nadie duda que el Salvador es la primera piedra angular y fundamento de este espiritual edificio. Mas el oráculo necesariamente supone, como reflexiona un célebre controversista, que el gefe de los apóstoles fue en esta ocasion establecido por piedra secundaria, colocada sobre la primera, y que él y sus sucesores representan la Iglesia sobre la tierra. Su silla pues, con todo lo que le está unido, no solamente es la nota visible, sino tambien la realidad de esta Iglesia, con la cual estará diariamente Jesucristo hasta la consumacion de los siglos.

La verdadera Iglesia de Jesucristo es una, santa, católica y apostólica, caractéres que no convienen á ninguna de las sectas. Reflexe-

mos brevemente sobre estas verdades. La Iglesia en efecto es una, porque todos los que componen su congregacion, asamblea ó ayuntamiento, forman un solo cuerpo; todos tienen una misma cabeza, un mismo espíritu, una fe, una misma esperanza. El Espíritu que anima el cuerpo de esta Iglesia es el Espíritu de Jesucristo, Espíritu de verdad, Espíritu Santo, Espíritu que debe animarla hasta el fin de los siglos, segun la promesa del Salvador; pues como dice el Apóstol, la Iglesia tiene un solo cuerpo y un mismo espíritu que lo anima. Por consiguien- te las iglesias de Alemania, de Francia, de España, de Italia &c. no son mas que partes integrantes de una sola Iglesia, que profesa la misma fe, que cree los mismos misterios, que participa de los mismos sacramentos, que se obliga á los mismos preceptos, que está animada de la misma esperanza, asistida de

los mismos sacramentos, regida del mismo Espíritu, cuya cabeza invisible es Jesucristo, y la visible el Papa sobre la tierra.

Aunque la Iglesia en general se divide en triunfante, que son los bienaventurados que reinan ya con Cristo en el cielo; en paciente, que son las almas del purgatorio, que sufren terribles penas hasta estar purificadas; y en militante, que somos todos los fieles que vivimos sobre la tierra en continua lucha con los enemigos del alma; sin embargo en todas estas acepciones se llama la Iglesia justamente *santa*. Por lo que hace á la triunfante y la purgante no hay dificultad; porque la primera es de los que ya obtienen el reino, y la segunda de los que tienen certeza de gozarle, cuando esten totalmente purificados.

En orden á la Iglesia militante consta su santidad de la escritura. Jesucristo, dice S. Pablo á los fieles

de Éfeso, Jesucristo ha amado á la Iglesia, y se entregó por ella para santificarla, purificándola en el bautismo por su palabra, y para hacerla una Iglesia gloriosa, que no tiene mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que sea santa é irreprehensible. Esto mismo confirma S. Pedro, cuando dice: vosotros sois la gente escogida, el sacerdocio real, la nacion santa, y el pueblo adquirido.

Si la mayor parte de los miembros de esta Iglesia son pecadores, y son mas los malos que los buenos, ¿cómo puede llamarse santa? podrá decir alguno. La santidad de la Iglesia, señores, no consiste en que todos sus miembros sean santos, sino en que Jesucristo, su cabeza y fundador, es el Santo de los santos, y el origen de toda santidad. La Iglesia es santa, porque su doctrina, su liturgia, sus sacrificios, sus sacramentos, su moral, son cosas

santas. Se llama santa, por la pureza de costumbres de un gran número de sus hijos, que son santos, porque se conforman á la imagen de Jesucristo. Se llama santa, porque solo en su gremio hay santos, y fuera de ella no hay salvacion; pues asi como perecieron en el diluvio universal todos los vivientes que quedaron fuera del arca de Noé, asi tambien perecerán todos los que vivieren fuera de esta arca mistica; es decir, todos los que no profesaren la verdadera fe de Jesucristo, como hijos fieles de su esposa la Iglesia; porque ella sola es la que profesa la verdadera fe y la doctrina pura, que aprendió de Jesucristo por boca de los apóstoles, por lo cual se llama apostólica.

Es verdad que no son todos santos los que están en la Iglesia; que son muchos los llamados, y pocos los escogidos; que hay muchos de sus hijos que deshonran la santidad de

la madre, por la corrupcion de sus costumbres. Es verdad que la Iglesia militante se compone de paja y de buen grano; de miembros vivos y muertos; de buenos y malos. Mas esto no perjudica á la santidad de su establecimiento, de su Autor, de sus leyes y doctrina. Esta madre ha llorado siempre y reprobado la corrupcion de sus malos hijos. La Iglesia, dice S. Agustin, ni hace, ni aprueba, ni permite con indolencia cosa alguna contraria á la fe y buenas costumbres; pues aunque su caridad y prudencia se vea obligada á tolerar la maldad de algunos particulares, gime sobre estos males, los cuales no siempre puede corregir. Mas esto en nada perjudica su santidad.

Ademas, esta Iglesia se llama *católica*, que quiere decir *universal*; porque en todos tiempos ha habido, y habrá hasta el fin de los siglos, una congregacion visible de

fieles unidos en una misma fe, animados de un mismo espíritu, y dirigidos por una misma cabeza, que es Jesucristo, y esta congregacion se llama Iglesia, dice S. Agustin. Y si alguno pregunta: ¿cómo pudo Jesucristo ser cabeza de los fieles antes de su venida al mundo; es decir, de los patriarcas, profetas y justos del antiguo testamento? yo le diré, que la fe nos enseña que despues del pecado del primer hombre, en que incurrimos todos, nadie pudo salvarse sino por Jesucristo, que habia de venir. En la fe del Mesías venturo obtuvieron la gracia, y se hicieron dignos de la gloria los justos del antiguo testamento. Jesucristo venturo los unió en los mismos sentimientos por su divino Espíritu, como Jesucristo, que ha venido, une á todos los fieles por el mismo Espíritu, y todos los que se salvan es en su nombre, pues como S. Pedro dice, no se nos ha

dado otro nombre debaxo del cielo por quien nos salvemos, que el de Jesucristo; ni hay otro medio de ser salvos, sino estar unidos á su Iglesia y observar sus mandamientos.

Esta Iglesia católica es la única congregacion de fieles que se extiende á todos tiempos y á todos lugares; pues desde Abél justo hasta nosotros es una misma en substancia, con sola la diferencia de obrar unos su salud en la fe de Cristo venturo, y otros en la del Mesías que ha venido. Es en efecto universal, porque en todos los paises habitados hay verdaderos adoradores de Jesucristo, que ofrecen diariamente el adorable Sacrificio, conforme al oráculo de un profeta. Este carácter pues de *católica* le conviene exclusivamente. No así á las sectas de los montanistas, maniqueos, arrianos, donatistas, pelagianos, luteranos, calvinistas &c. &c., cuyo origen sabemos, y cuya extension se

ha limitado á ciertos tiempos y lugares. Apoyado en este fundamento, se burlaba Tertuliano de los hereges de su tiempo, diciéndoles: ayer mañana no existiais, lo que basta para refutar á todos los novadores. Los caractéres pues de Iglesia *una, santa, apostólica y católica*, con que denomina el símbolo la de Jesucristo despues de su pasion y muerte, á ninguna otra sociedad ó congregacion convienen sino á la romana.

Y si me preguntais: ¿qué entiendo por Iglesia romana? Os diré que es la congregacion de los fieles que profesan la fe de Jesucristo, reconociendo al Papa Obispo de Roma, por ser cabeza visible sobre la tierra, y obedeciéndole como á tal, en calidad de fundamento y piedra secundaria de esta Iglesia, despues de la primaria y angular, que es Jesucristo, porque así dixo el mismo Salvador á S. Pedro, de quien el Papa es sucesor. Por esta via se hace vi-

sible la verdadera Iglesia, para que ninguno pueda alegar excusa, y para que todos crean, que sin conservar su unidad y su santidad, no hay salvacion ni para el cismático, ni para los hereges, judíos, infieles; en una palabra, para ninguno de los que estan separados de ella. Solo resta, señores, no perdais de vista las palabras del apóstol S. Judas sobre la materia. Acordaos, hermanos míos, dice, de las cosas que han sido anunciadas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; esto es, que en los últimos tiempos vendrán doctores falsos, que se dexarán arrastrar por la malicia de sus pasiones. Estos son los que se separan (de la Iglesia), gentes sensuales, que no tienen espíritu de Dios. Temamos pues tan ruinosa separacion, y obedezcamos á esta piadosa madre, como hijos fieles.



PLÁTICA XIII.

SOBRE LA COMUNION DE LOS SANTOS.

Este es, señores, uno de los misterios de mayor consuelo para los fieles cristianos. Un Hombre Dios, que por medio del bautismo consagra á todos los que debidamente lo reciben, para que sean un mismo todo consigo y entre sí, que difunde su divino Espíritu, su santidad, sus dones y su gracia en sus almas; que por medio de estas saludables aguas los hace participantes de sus divinos méritos, con el fin de que sean un bien comun á todos; ¡qué felicidad, qué adorable misericordia, qué admirable comunicacion de bienes espirituales entre los miembros fieles de la Iglesia católica! ¿Qué mayor consuelo ha podido dar

á sus hijos su gefe y fundador, que hacerlos miembros de su cuerpo místico, para que nuevamente participen entre sí de todo lo bueno que en él se obrare, mediante la gracia del Salvador?

Queriendo el Apóstol darnos idea de esta importante verdad, comparámas de una vez el cuerpo místico de la Iglesia con el humano. Como en un cuerpo, dice á los romanos, tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen una misma operacion; así muchos somos un mismo cuerpo en Cristo, y cada uno miembro unos de otros.... Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque sean muchos, son no obstante un solo cuerpo, así también en Cristo; porque en un mismo Espíritu hemos sido bautizados todos nosotros, para ser un mismo cuerpo, ya judíos ó gentiles, ya esclavos ó libres, y todos hemos bebido en un

mismo Espíritu; porque tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino muchos.... Pues si todos los miembros fuesen uno, ¿dónde estaría el cuerpo? Mas los miembros en verdad son muchos; pero el cuerpo es uno solo. El ojo no puede decir á la mano, no te he menester, ni tampoco la cabeza á los pies, no sois necesarios. Antes los miembros del cuerpo, que parecen mas flacos, son mas necesarios.... Dios en efecto templó el cuerpo, dando honra mas cumplida al que no la tenia en sí, para que no hubiese disension en el cuerpo, sino que todos los miembros conspirasen entre sí á ayudarse mutuamente. Por manera, que si algun mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si algun miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él; porque vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros del miembro.

“¿Podia el Apóstol, dice un célebre controversista, establecer mas

claramente que por esta alegoría la union de Jesucristo, como cabeza, con los cristianos, á quienes ha hecho sus miembros, para que formen un mismo cuerpo y un mismo Cristo con él? ¿Podia explicar con mas claridad la comunión ó unidad moral de los cristianos, que no forman entre sí sino un mismo cuerpo en Jesucristo?.... La influencia de este Dios Hombre en el cuerpo y en los miembros de la Iglesia, es la piedra fundamental sobre que estriba todo el edificio de la comunión de los santos.” Esta admirable y divina influencia consta asimismo del Apóstol, que escribiendo á los fieles de Efeso, dice: *Jesucristo nos ha dado auxilios poderosos y en abundancia, para que siguiendo la verdad en caridad, crezcamos en todas cosas, en aquel que es la cabeza, Cristo; por el cual todo el cuerpo coligado y unido por toda coyuntura, por donde se le suministra el alimento, obrando á*

proporcion de cada miembro, toma aumento el cuerpo, para edificarse en caridad.

El mismo Jesucristo se dignó instruirnos por S. Juan cuánto influye realmente sobre los fieles. *Morad en mí, nos dice en persona de sus apóstoles, morad en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid, tampoco vosotros, si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, éste da mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer nada. El que no estuviere en mí, será echado fuera; así como el sarmiento se secará; lo cogerán, lo meterán en el fuego, y arderá; si estuviereis en mí, y mis palabras quedaren en vosotros, pedireis cuanto quisiereis, y se os concederá.*

Por el tenor de estos oráculos podemos formar idea justa de la gran diferencia que media entre la co-

munion del cuerpo de los justos entre sí y con su cabeza, que es Jesucristo, y la que participan los fieles que estan en culpa mortal. Unos y otros pertenecen á la Iglesia militante. Mas los primeros tienen comunion exterior é interior. Es decir, que no solo estan incorporados con Jesucristo por el bautismo; no solo estan unidos por la profesion de su doctrina y misterios; no solo reconocen al Papa por cabeza visible de la Iglesia, como á sucesor de S. Pedro; no solo creen y confiesan todo lo que cree la Iglesia, sino que ademas estan unidos al Espíritu de Jesucristo por la gracia; y por consiguiente á la participacion de todas las buenas obras que se practican en la Iglesia, y á su fruto, que son los méritos. Estos son los miembros vivos del cuerpo místico de nuestro Salvador; estos son los sarmientos verdes, que reciben el jugo abundante de la vid, que es Cristo, y

los que llevan, reciben y comunican mucho fruto: lo llevan cooperando á la gracia, de que estan auxiliados; lo reciben, participando de las buenas obras que hacen todos sus hermanos unidos al Espíritu de Jesucristo; y comunican su fruto mismo á todos los que estan en gracia de Dios, porque los bienes espirituales de estos son comunes, y se ayudan mutuamente.

Por lo que hace á los cristianos que estan en pecado mortal, aunque por el bautismo fueron consagrados á Jesucristo y alistados bajo sus banderas; aunque profesen su religion y conserven su fe, y la esperanza de ser salvos; aunque estan unidos á la cabeza visible de la Iglesia, y sean en realidad miembros de ella, como les falta la caridad, su fe es muerta, sus obras buenas anteriores al pecado estan mortificadas, ni pueden revivir sin la gracia; y lo bueno que hicieron

durante la culpa no puede servirles de mérito de *condigno*; esto es, de vida eterna. Por consiguiente deben considerarse como miembros muertos, unidos únicamente á Jesucristo en la raiz de su fe, sin recibir durante su infeliz estado el nutrimento de su gracia santificante y de sus dones, ni la comunión ó participacion espiritual de las buenas obras y méritos de los demas miembros unidos á Jesucristo por amor y caridad. Estos son los ramos secos del árbol frondoso de la Iglesia, que no reciben el jugo nutricio; y si permanecen en este estado hasta el fin, esta es la paja, que cuando Jesucristo al fin de los dias tome el bieldo, la separará en su era del buen grano; éste para sus troxes, y aquella para el fuego. Estos son los sarmientos secos, que no recibiendo el jugo de la vid, serán recogidos y arrojados al fuego inextinguible. No bastan pues los vínculos exteriores

que los unen á la Iglesia, para que gocen la perfecta comunión de los santos, los que estan en pecado mortal. Cuando mas sus ayunos, limosnas y buenas obras morales, y las oraciones de nuestra madre la Iglesia, podrán servirles de mérito de *cóngruo*, como se explican los teólogos; es decir, podrán mover é inclinar la misericordia de Jesucristo, que es la suma bondad, para que les conceda gracias victoriosas, y salgan por medio de ellas de su infeliz estado. Entonces podrán decir con el real Profeta: participantes somos, Señor, de todas las obras de los que os temen, y guardan vuestros mandamientos.

Reconoced, ó miembros de la Iglesia militante, reconoced vuestra altísima dignidad. Con vosotros principalmente, que militais sobre la tierra, habla el simbolo de los apóstoles en el artículo de la comunión de los santos. Todos los miembros

de este sagrado cuerpo de la Iglesia estan consagrados á Jesucristo su cabeza por el bautismo: todos deben militar baxo sus banderas, para ser salvos; todos deben estar animados de un mismo corazon y un mismo espíritu; todos deben aspirar á obedecerle, á amarle sobre todas las cosas, á conservar entre sí la caridad, y aquella union que deben tener para su conservacion todos los miembros de un cuerpo. Así el Espíritu Santo habitará, obrará y orará en vosotros; y todo lo bueno que en la Iglesia se hiciere será comun á todos, por estar unidos á Jesucristo y á su cuerpo místico, que es la Iglesia, por la caridad.

¿Qué mas? yo, señores, me lleno de consuelo, cuando leo en S. Ambrosio y en S. Agustín el lenguaje de un alma justa, que llena de confianza dice sobre la materia: "yo oro, doy limosna, hago penitencia por medio de todas las almas

santas, que practican todas estas obras buenas en la Iglesia: yo dividido el mérito con ellas. Los dones del Espíritu de Dios, que estan en ellas, me pertenecen, y recojo sus frutos. El fervor de sus oraciones y de sus penitencias suplen la tibieza de las mias. La solidez y sublimidad de sus virtudes suplen la debilidad é imperfeccion de mis justos, pero débiles conatos; y tocado Dios de sus santos gemidos por sus hermanos, los oye á favor mio, sin que ellos me conozcan." Aprovechad, os ruego, estas grandes ventajas; abandonad, pecadores, las sendas de la iniquidad, y convertios de corazon por medio de una saludable penitencia, para tener una completa comunión con los santos, que estan unidos á Jesucristo por gracia y por caridad. Por mas graves é innumerables que vuestros pecados sean, no perdais la confianza en la miseri-

cordia y bondad de Dios, que ha dexado á la Iglesia nuestra madre una plena potestad de perdonarlos todos, si volveis verdaderamente arrepentidos. Pero de esto en la siguiente plática.





PLÁTICA XIV.

SOBRE LA REMISION DE LOS PECADOS.

El símbolo, señores, nos manda creer el perdón de los pecados. Estas dos solas palabras encierran, para decirlo así, el admirable efecto de todos los sacramentos de la ley de gracia, medios establecidos por Jesucristo para la santificación de su Iglesia. La fe nos enseña, que habiendo caído nuestros primeros padres por su inobediencia al precepto del Altísimo, de la gracia y justicia original en que habían sido criados, fuimos envueltos todos sus descendientes en su deplorable ruina. Nacemos pues todos hijos de ira, esclavos del demonio y adictos á una muerte eterna. Además de este pecado de origen, que bastaba para

privarnos eternamente de la bienaventuranza para que habíamos sido criados; como por él se rebelaron las pasiones contra la razón, era consiguiente abundasen en el género humano los pecados actuales y personales, que nos alejasen mas y mas de nuestro último fin, y nos hiciesen reos de mayores penas. Por otra parte, siendo infinita la ofensa, debía serlo también la satisfacción, de lo que el hombre es incapaz.

Pero Dios, cuya naturaleza es la bondad y la misericordia, dignándose ocurrir al remedio de tantos é inevitables males, envió á su Unigénito al mundo, para que tomando nuestra naturaleza, redimiese al hombre con el precio infinito de su sangre. Con este fin conversó por espacio de treinta y tres años con nosotros, dándonos saludables documentos, sanando cojos y tullidos, curando ciegos, resucitando muertos, y poniendo los eternos fun-

damentos de su Iglesia antes y despues de su muerte y de su gloriosa resurreccion. Como el fruto de todas sus obras, segun habia anunciado por un profeta, era borrar el pecado, y que donde él habia abundado sobreabundase la gracia, como dice el Apóstol, instituyó en su Iglesia sacramentos, por medio de los cuales nos comunicaria la gracia para remision de nuestros pecados. Para confirmarnos en esta fe nos dixo S. Pablo: *Jesucristo murió por redimirnos de todo pecado, para hacernos un pueblo agradable á sus ojos y aplicado á las buenas obras.*

Apoyados en estos óráculos y en las decisiones de la Iglesia contra los hereges, damos el nombre de sacramentos al bautismo, á la confirmacion, á la eucaristía, á la penitencia, á la extrema-uncion, al órden y al matrimonio, signos prácticos, instituidos por Jesucristo para remision de nuestros pecados, y

conferirnos su gracia respectiva á cada uno de ellos. El demonio, dice Tertuliano, ha imitado en los misterios de sus ídolos las ceremonias santas de nuestros sacramentos; y S. Cipriano afirma, que por medio del bautismo y de la confirmacion nacen de nuevo los hombres: *in sacramento utroque nascuntur*. Asi consta del testimonio irrefragable de la tradicion divina y apostólica. Como la materia de los sacramentos, por extensa, no puede reducirse á una breve plática, prescindo por ahora del efecto que causa cada uno en particular, y de la gracia que comunica segun su institucion. Contentome pues por ahora con decir, que todos fueron instituidos por Cristo para remision de pecados, y fortalecer al cristiano para el desempeño de sus respectivas obligaciones. Limitome pues en esta plática á tratar brevemente de los que se llaman *de muertos*, porque su

ponen muerta el alma por la culpa. Estos son el bautismo y la penitencia. De los demas sacramentos, dánome Dios salud, trataré en otra ocasion.

El bautismo es la puerta para entrar en el cristianismo, y la primera tabla para evitar el naufragio universal del pecado. Esta es la puerta del perdon. Sin entrar por ella, ninguno es miembro místico de Jesucristo, ninguno pertenece á su Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion. El Señor lo dixo expresamente: el que no renaciere del agua y del Espíritu Santo no podrá entrar en el reino de Dios. De aqui concluia S. Pedro hablando á los judíos de Jerusalén: *cada uno de vosotros reciba el bautismo para obtener el perdon de los pecados*; y San Pablo, hablando á Tito del efecto que este sacramento habia obrado en los nuevos cristianos, dice: "que Jesucristo los ha salvado por la ablu-

cion del bautismo, y por la renovacion que el Espíritu Santo ha producido en ellos." Y en su epístola á los de Éfeso dice: *Jesucristo santificó á su Iglesia, purificándola por el bautismo, juntamente con la palabra de vida: y todos los que creen en Dios tienen necesidad de este perdon.*

Por el bautismo pues queda perdonado el pecado original en los párvulos; y en los adultos que debidamente lo reciben, no solo se les perdona el pecado de origen, sino tambien los actuales y personales que hasta este momento hayan cometido; quedando en aquel instante indultados, no solamente de la pena eterna que merecian por sus pecados, sino asimismo de todo reato de pena temporal. Reengendrados por este sacramento, son ya miembros de Jesucristo y de su Iglesia, hijos adoptivos de Dios, herederos de su reino, y templos vivos del Espíritu Santo, donde habita el Señor con

complacencia. De esta singular é inefable ventaja gozan los hijos de la Iglesia todo el tiempo que permanecen en aquel feliz estado á que los elevó la gracia del bautismo. Por manera, que si mueren sin haber cometido pecado alguno despues de su regeneracion en el agua y el Espíritu Santo, sus dichosas almas, apenas se separan del cuerpo, van inmediatamente á gozar de Dios por una eternidad.

¿Mas quiénes, os ruego, son los que conservan hasta el fin la gracia del bautismo? ¡Ah! todo hombre es mendáz, y siete veces al dia cae el justo, dice el Espíritu Santo. La enfermedad de la naturaleza, el rebelion de las pasiones contra la razon, el aguijon de la concupiscencia, á la cual llama el Apóstol ángel de sataná, la mayor inclinacion á lo malo que á lo bueno, todo conspira contra la inocencia, y nos atrae á la culpa, aun despues de

estar bautizados. De aqui es, que la vida del cristiano es una continua lucha sobre la tierra contra los enemigos del alma, y que ningun adulto puede salvarse sin hacer cruda guerra á sus pasiones desordenadas; porque el reino de los cielos, dice Jesucristo, sufre violencia, y solo con violencia se arrebatá. Esta violencia consiste en la que debemos hacer á nuestras malas inclinaciones, ayudados de la gracia, sin la cual nada podemos.

Mas como de ordinario la abandonamos, y caemos con frecuencia en culpas, graves las mas veces, al instante perdemos las ventajas y dones espirituales que recibimos en el sacro bautismo; conservando únicamente una fe muerta, una esperanza lánguida, y el ser miembros secos de la Iglesia, aptos solo para el fuego eterno, por haber perdido la primera tabla con que nos libró del naufragio universal de la culpa.

Pero el Señor, que reprobó para siempre á los ángeles rebeldes por su primer pecado, ha querido por su inefable bondad ser mas indulgente con el género humano. Además del bautismo que en el seno de su Iglesia abrió como puerta franca para el perdon de todas las iniquidades, se dignó establecer en ella otro sacramento, que sirviese de segunda tabla para la remision de los pecados de los que perdieron la gracia del bautismo.

Este sacramento es el de la penitencia, que instituyó el Salvador en su Iglesia, dándola plena potestad para que perdonase todos los pecados que hayan cometido sus hijos despues del bautismo. Asi consta de las palabras dichas por Jesucristo á sus apóstoles, y en ellos á sus sucesores, y á los ministros á quienes delegaren su potestad en esta parte; por haberlos constituido rectores de la Iglesia, adquirida con el precio

infinito de su sangre. A estos dispensadores de los misterios de Dios dixo: *Recibid al Espíritu Santo; todo lo que desatáreis sobre la tierra, será tambien desatado en el cielo; y todo lo que retuviereis, será retenido.* No hay pues pecados, para cuya absolucion falte potestad en la Iglesia, como pretendian los hereges donatistas; pues aunque S. Pablo dice, que los pecados contra el Espíritu Santo, como la presuncion, por exemplo, y la desesperacion, no se perdonarán en este siglo ni en el futuro, no habla el Apóstol segun los padres, de falta de potestad en la Iglesia para el perdon de estas culpas, sino de la gran dificultad que hay de parte de los reos de ellas para prepararse debidamente á recibir el perdon, por el abandono en que viven, entregados á un sentido réprobo. Por lo demas, Dios ha jurado que no quiere la muerte del pecador, sino que se

convierta y sane, y que en cualquiera hora que de corazón lo invoque lo oirá, y echará los brazos al cuello, como al hijo pródigo.

Es verdad que hay pecados reservados al papa, á los señores obispos y prelados superiores de las religiones; pero la Iglesia ha proveído medios seguros para que todos los penitentes puedan obtener el perdón de ellos; y usando esta madre benigna de las facultades que la concedió Jesucristo, cuando amenaza al pecador peligro de muerte, le alza y quita todas las reservaciones, y confiere á todos los sacerdotes la potestad ilimitada de absolverlo de todo pecado y de toda censura, sin excepcion alguna; y esto aunque el obispo ó presbítero legítimamente ordenado sea cismático ó herege, entredicho, degradado, excomulgado, con tal que el que recibe el perdón no participe del cisma, de la heregía, ni de la iniquidad del mi-

nistro; pues en este caso, en defecto de otro ministro, levanta la Iglesia estas prohibiciones, y da la misión á los obispos y presbíteros, á quienes la habia quitado.

Fuera de este peligro de muerte, todos los sacerdotes válidamente ordenados, expuestos, y que han recibido la jurisdicción necesaria de sus legítimos superiores, tienen potestad de absolver los pecados, aun cuando esten ellos en pecado mortal, como contra los donatistas declaró la Iglesia en el siglo iv; porque todos obran en el nombre y con la potestad de Jesucristo, como ministros y dispensadores de sus misterios. Por manera, que bautice Pedro, ó bautice Judas, Cristo es el que bautiza, absuelve &c.; pues solo Dios puede perdonar el pecado. ¡Qué bondad, qué inefable misericordia del Salvador para con el hombre, qué consuelo para el pecador, saber que á todas horas tie-

ne abiertas las puertas del perdón por medio del sacramento de la penitencia ! Pero teman y estremézcanse todos los que rehusaren aprovecharse de este medio indispensable de confesar debidamente sus pecados, abandonando las sendas de su iniquidad, pues todos perecerán inevitablemente, según el oráculo del Espíritu Santo; y en la resurrección de la carne, que el símbolo de la fe nos enseña, no obtendrán la vida eterna. Pero de esto en la siguiente



PLÁTICA XV.

SOBRE LA RESURRECCION DE LA CARNE
Y LA VIDA ETERNA.

SEÑORES:

La materia de la presente plática contiene el verdadero desenlace del fin de los mortales, y el fallo inevitable de nuestra penosa jornada en este valle de lágrimas. Trata de la segunda venida al mundo del supremo Juez de vivos y muertos, Jesucristo nuestro Redentor, á premiar ó castigar á todos y á cada uno, según el mérito ó demérito de sus obras; y esto por una eternidad, y sin acepción de personas, como inexorable y justo remunerador. A este fin la voz fuerte é imperiosa de su

ne abiertas las puertas del perdón por medio del sacramento de la penitencia ! Pero teman y estremézcanse todos los que rehusaren aprovecharse de este medio indispensable de confesar debidamente sus pecados, abandonando las sendas de su iniquidad, pues todos perecerán inevitablemente, según el oráculo del Espíritu Santo; y en la resurrección de la carne, que el símbolo de la fe nos enseña, no obtendrán la vida eterna. Pero de esto en la siguiente



PLÁTICA XV.

SOBRE LA RESURRECCION DE LA CARNE
Y LA VIDA ETERNA.

SEÑORES:

La materia de la presente plática contiene el verdadero desenlace del fin de los mortales, y el fallo inevitable de nuestra penosa jornada en este valle de lágrimas. Trata de la segunda venida al mundo del supremo Juez de vivos y muertos, Jesucristo nuestro Redentor, á premiar ó castigar á todos y á cada uno, según el mérito ó demérito de sus obras; y esto por una eternidad, y sin acepción de personas, como inexorable y justo remunerador. A este fin la voz fuerte é imperiosa de su

omnipotencia resonará sobre los sepulcros, que encierran, ya sea en la tierra, ya en los abismos del mar, los cuerpos, huesos, cenizas ó polvo de todos los racionales muertos; y en el mismo instante aparecerán todos, por deshechos, consumidos ó transmutados que esten, á unirse con sus propias almas, para formar de nuevo el mismo individuo, y dar cuenta exácta de todas las acciones de su vida á un Juez que penetra los corazones, y á quien nada puede ocultarse por su infinita sabiduría.

Sin querer penetrar los incomprensibles secretos del Señor, la misma razón natural nos dicta, que el cuerpo, que ha sido compañero inseparable del alma durante su vida, y que ha sido cómplice de todas sus obras buenas ó malas, participe también de igual suerte en la eternidad. Por otra parte, esta resurrección de la carne y juicio final parece

índispensable, á fin de manifestar para confusión de los gentiles, hereges, deistas &c., que solo en la Iglesia católica, que es la verdadera de Jesucristo, hay salvacion, y que todos los que viven fuera de su gremio estan excluidos del reino de Dios.

Ademas, por medio de la resurrección de la carne y juicio final de todas las gentes, parece ha querido el Señor acreditar la equidad y justicia de su divina Providencia en órden á todas las criaturas, y cerrar la boca de los maldicientes, que han osado murmurar ó quejarse de Dios, ya por haberlos obligado en vida, ya al ver la prosperidad de los malos y la humillacion de los justos, que de ordinario padecen las mas duras persecuciones ó el desprecio, al paso que los pecadores suelen gozar de tranquilidad, de honores y abundancia. Entonces conocerán todos con claridad la justicia

con que el Señor les ha concedido en vida estas satisfacciones; porque acaso no serán del número de sus escogidos, y ha querido premiarles en vida con bienes temporales algunas obras que practicaron á favor de sus semejantes, ó del bien de la patria; porque siendo Dios infinitamente justo, nada bueno puede dexar sin el premio que le corresponde, ya en la línea temporal, ya en la espiritual.

S. Agustin hablando de la materia dice, que por tanto permite Dios en el mundo á los malos, ó para que se conviertan, ó para que exerciten y mortifiquen á los justos. Estos para serlo, necesitan acomodar sobre sus hombros la cruz de los trabajos que Dios les enviare, ó permitiérese sufran, para conformarse á la imagen de Jesucristo, que siendo la suma inocencia y la santidad por naturaleza, cargó sobre sí el fardo de nuestros pecados, para redimir-

nos á costa de su sangre, y darnos exemplo de obediencia, de humildad y conformidad con la voluntad de su padre celestial.

Formemos pues, señores, ideas justas de los designios de Dios, y avivemos nuestra fe, para creer con temor y estremecimiento, que en el momento de la resurreccion de la carne va á empezar nuestra vida perdurable; es decir, una eternidad de gozo y felicidad, ó de penas y tormentos; y esto sin apelacion. Para presentarnos ante el tribunal de Jesucristo, Juez de vivos y muertos, unos estarán en aquel instante terrible y decisivo á la derecha, y otros á la izquierda, esperando el fallo eterno de su sentencia, con arreglo á sus obras. Aquellos oirán la dulce voz del Salvador, que con semblante apacible ha de decirles: venid, benditos de mi Padre, percibid el reino que os está preparado.... Porque tuve hambre, y me

disteis de comer; sed, y me disteis de beber; enfermo y encarcelado, y me visitásteis.... porque cuando lo hicisteis por mis pequeñuelos, lo hicisteis por mí.... y al instante se unirán á Jesucristo, para ver y gozar de Dios por una eternidad.

Al contrario los de la izquierda, que serán todos los que han muerto en culpa mortal, oirán aquella formidable y espantosa voz del Leon de Judá: apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, que os está preparado, en compañía de los ángeles rebeldes, en justo castigo de vuestras culpas.... Porque tuve hambre, y no me alimentásteis; tuve sed, y no me disteis de beber; enfermo, y no me visitásteis.... Pues no lo hicisteis por mis pequeñuelos, vuestros hermanos.... Aquí, dice la escritura, será el clamor y el rechino de dientes. ¡Ah! ¿Quién de vosotros, señores, podrá habitar para siempre privado de la vista de

Dios, y rodeado de fuegos sempiternos? ¿Y esto ha de suceder? Ello es de fe; y antes faltaria el cielo y la tierra, que el cumplimiento de la palabra del Altísimo.

Ruegoos pues, señores, por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, que os juzgueis en tiempo á vosotros mismos, para prevenir con exactitud la cuenta, y poner os á cubierto de la ira del supremo Juez, aplacándole ahora con la penitencia y enmienda de la vida, antes que la muerte, que vendrá como un ladrón, ó como un ave de rapiña, os sorprenda. Ahora es el tiempo aceptable y el día de la salud: apartaos de las obras de tinieblas, y seguid las de la luz, que son las que únicamente pueden conducir os con seguridad á los eternos tabernáculos y bienaventuranza, que os deseo. Amen.



PLÁTICA XVI,

Ó PROFESION DE FE, FORMADA EN LA MAYOR PARTE CON ARREGLO Á LOS CONCILIOS GENERALES Y DECISIONES DE LA IGLESIA, POR EL PAPA PIO IV, QUE CONTIENE EN SUMARIO LA DOCTRINA CRISTIANA, COPIADA DEL CATECISMO DE POUGET.

“Creo firmemente y confieso todos y cada uno de los artículos contenidos en el símbolo de la fe, de que se sirve la santa Iglesia romana. Creo en un solo Dios, Padre, Omnipotente, Criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, y nacido del Padre antes de todos los siglos; Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios,

engendrado, y no hecho; consubstancial al Padre, por quien todas las cosas han sido hechas; que por su amor á nosotros los hombres, y por nuestra salvacion, descendió de los cielos, y tomó carne de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo, y se hizo Hombre; que fue crucificado por nosotros baxo el poder de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado; que resucitó al tercero dia, segun las escrituras, y se subió al cielo; que está sentado á la diestra del Padre, y vendrá segunda vez con gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, cuyo reino no tendrá fin; y en el Espíritu Santo, Señor y vivificador, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo es conjuntamente adorado y glorificado; que habló por los profetas; y la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso un solo bautismo para remision de los pecados; y espero la

resurreccion de la carne y la vida perdurable. Amen." Asi se explicaron los padres del concilio de Nicea, del de Constantinopla, y de otros ecuménicos.

"Admito y abrazo firmemente las tradiciones divinas, apostólicas y eclesiásticas, y todas las demas observancias y constituciones de la misma Iglesia. Admito asimismo y abrazo la sagrada escritura, en el sentido en que la ha entendido y entiendo la santa madre Iglesia, á quien pertenece juzgar del verdadero sentido y de la verdadera interpretacion de las sagradas escrituras; y no la entenderé, ni la interpretaré jamas de otra manera, sino conforme al unánime consentimiento de los santos padres."

"Tambien confieso, que hay propia y verdaderamente siete sacramentos de la ley nueva, instituidos por Jesucristo Señor nuestro, para la salvacion del género humano, aun-

que no todos sean necesarios á cada uno. Estos son el bautismo, la confirmacion, la eucaristía, la penitencia, la extrema-uncion, el orden y el matrimonio. Todos confieren gracia; y entre ellos el bautismo, la confirmacion y el orden imprimen carácter, y no pueden reiterarse sin cometer sacrilegio. Recibo y admito asimismo los usos de la Iglesia católica, y aprobados en la administracion solemne de dichos sacramentos."

"Recibo y abrazo todas y cada una de las cosas que han sido definidas y declaradas en el santo concilio de Trento, tocante al pecado original y á la justificacion. Confieso tambien igualmente, que en la misa se ofrece el verdadero sacrificio, propiciatorio por los vivos y por los muertos, y que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía está verdadera, real y substancialmente el cuerpo y la sangre, juntos

con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo; y que se convierte toda la substancia del pan en su cuerpo, y toda la substancia del vino en su sangre, cuya mudanza llama la Iglesia católica *transubstanciación*. Confieso tambien que bajo cada una de las dos especies se recibe á Jesucristo todo entero, y el verdadero Sacramento.”

“Creo asimismo que hay purgatorio, y que las almas que estan detenidas en él son aliviadas por los sufragios de los fieles. Creo igualmente que los santos que reinan con Jesucristo estan en estado de ser venerados é invocados; y que ellos ofrecen á Dios sus oraciones por nosotros, y que sus reliquias deben ser veneradas.”

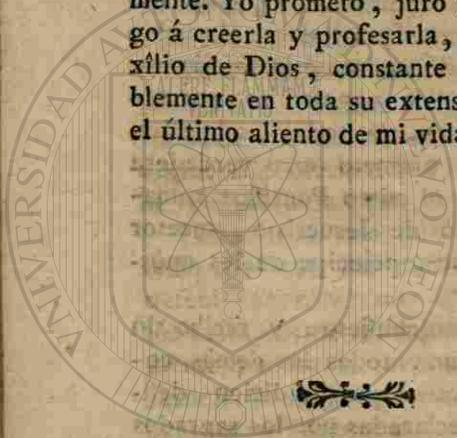
“Creo firmemente que las imágenes de Jesucristo y de la Madre de Dios, siempre Virgen, y asimismo las de los demas santos, deben ser guardadas y retenidas, y que se les

debe dar el honor y veneracion convenientes. Tambien aseguro que Jesucristo dexó á la Iglesia la potestad de las indulgencias, y que el uso de ellas es muy saludable al pueblo cristiano. Reconozco á la Iglesia romana, católica y apostólica, por madre y maestra de todas las iglesias, y juro y prometo una verdadera obediencia al sumo Pontífice romano, vicario de Jesucristo, sucesor de S. Pedro, príncipe de los apóstoles.”

“Tambien confieso, y recibo sin duda alguna, todas las demas cosas conservadas por tradicion, definidas y declaradas por los sagrados cánones y concilios generales, y particularmente por el santo concilio de Trento. Condeno igualmente, desprecio y anatematizo todas, todas las heregías que han sido condenadas, desechadas y anatematizadas por la Iglesia.”

Esta es la fe verdadera y católica,

fuera de la cual nadie puede salvarse; la cual profeso ahora, y con entera voluntad, y creo verdaderamente. Yo prometo, juro y me obligo á creerla y profesarla, con el auxilio de Dios, constante é inviolablemente en toda su extension, hasta el último aliento de mi vida.... Amen.



PLÁTICA XVII.

SÍMBOLO DE S. ATANASIO.

Todo el que quiera salvarse, ante todas cosas es necesario que profese la fe católica; la cual si alguno no la profesare y observare entera é inviolablemente (hasta el fin), perecerá sin duda eternamente.

La fe católica es esta: que creamos y veneremos un solo Dios en Trinidad, y una Trinidad en Unidad: sin confundir las Personas, ni separar la substancia.

Porque una es la Persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo. Mas la divinidad del Padre, la del Hijo, y del Espíritu Santo, es una, igual la gloria y coeterna la magestad. Cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu Santo.

Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Sin embargo no son tres eternos, sino un solo Eterno. Como no son tres increados, ni tres inmensos, sino un solo Increado y un solo Inmenso.

Del mismo modo el Padre es omnipotente, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y con todo eso no son tres omnipotentes, sino un solo Omnipotente. Igualmente el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios; y no obstante no son tres Dioses, sino un solo Dios. Asimismo el Padre es Señor, el Hijo es Señor, y el Espíritu Santo es Señor; y no obstante no son tres señores, sino un solo Señor; pues aunque la verdad cristiana nos obliga á confesar á cada una de las Personas como á Dios y

Señor; igualmente nos prohíbe la religion católica que creamos tres Dioses ó tres Señores.

El Padre por nadie ha sido hecho, ni creado, ni engendrado. El Hijo solo procede del Padre, no hecho, ni creado, sino engendrado. El Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino procediendo. Un Padre pues, no tres Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos. Y en esta Trinidad nada hay primero ó posterior; nada mayor ó menor; antes todas tres Personas son entre sí coeternas y coiguales. De tal suerte, que totalmente, como arriba se ha dicho, la Unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad ha de ser venerada. El que quiera pues ser salvo, ha de sentir así de la Trinidad.

Mas es necesario para la salvacion eterna, que tambien crea la

encarnacion de nuestro Señor Jesucristo. Consiste pues la fe verdadera (en esta parte) en que creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y Hombre. Es Dios, engendrado de la substancia del Padre antes de los siglos; y es Hombre, nacido en tiempo de la substancia de su Madre: perfecto Dios, y perfecto Hombre, constando de alma racional y de carne humana. Igual al Padre segun la divinidad, y menor que el Padre segun la humanidad. El cual aunque sea Dios y Hombre, no es dos, sino un solo Cristo: uno pues, no por conversion de la divinidad en carne, sino por la asuncion de la humanidad á Dios. Uno totalmente, no por confusion de substancia, sino por la unidad de Persona. Porque asi como el alma racional y la carne es un hombre, asi Dios y Hombre es un Cristo; el cual padeció por nuestra salvacion, des-

cendió á los infiernos; al tercero dia resucitó de entre los muertos; subió á los cielos; está sentado á la diestra de Dios Padre Omnipotente, y de alli ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos; á cuya venida todos los hombres deben resucitar en sus cuerpos, y han de dar cuenta de sus propios hechos; y los que han obrado bien irán á la vida eterna, y los que mal al fuego eterno. Esta es la fe católica: y sin creerla fiel y firmemente, ninguno puede ser salvo.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO en este tomo.

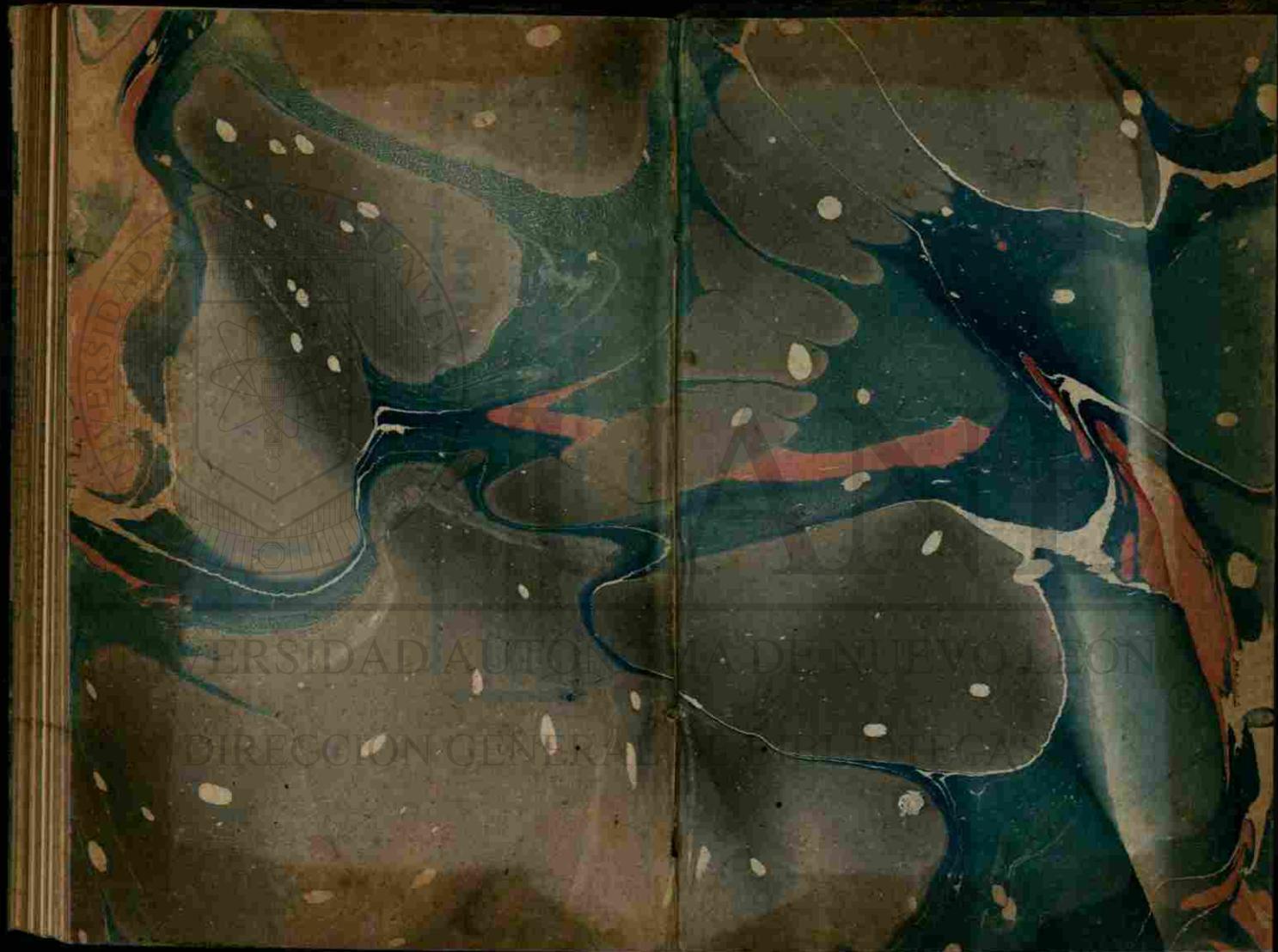
- Amonestacion á los sacerdo-
tes.
- Plática I. Sobre las palabras:
creo en Dios Padre &c. Pág. 1.
- Plática II. Explicacion de la pa-
labra CREO. 11.
- Plática III. Explicacion de las
palabras creo en Dios. 26.
- Plática IV. Explicacion de las
palabras creo en Dios Padre. 41.
- Plática V. Criador del cielo y
de la tierra. 56.
- Plática VI. Creo en Jesucristo
&c. 74.
- Plática VII. Sobre su genera-
cion temporal. 90. ®
- Plática VIII. Sobre su pasion,
muerte &c. 102.
- Plática IX. Sobre su gloriosa re-

surrección.	116.
Plática X. Sobre la ascension.	130.
Plática XI. Creo en el Espiritu Santo.	143.
Plática XII. Creo la santa Iglesia.	150.
Plática XIII. Sobre la comunión de los santos.	166.
Plática XIV. Sobre la remision de los pecados.	178.
Plática XV. Sobre la resurrección de la carne &c.	191.
Plática XVI. Profesion de la fe.	198.
Plática XVII. Símbolo de San Atanasio.	205.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA ALFONSO GARCÍA UN., LIBRERÍA

19/5/83
 MICROFILMADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEV
LIOTEC